

Año VI.—Tomo VI.

Madrid, 15 Marzo 1904.

Núm. 138.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

La ganancia, Anselmo Lorenzo — **El castillo maldito** (continuación), Federico Urales — **La locura de Nietzsche**, P. E. Morhardt — **Crónica científica**, Tarrida del Marmol. — **El modorro**, Joaquín Dicenta. — **Los indígenas de Nueva Caledonia**, C. Malato — **Una nueva teoría de la vida**, Félix Le Dantec. — **La entrevista**, Bernard Lazare. — **Literatura internacional**, Luciano Maupin

ADMINISTRACION

I. CRISTOBAL BORDIEU, I

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.° VI-N.° 138

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Marzo de 1904

LA GANANCIA

CONSIDERACIONES GENERALES SEGÚN EL CRITERIO LIBERTARIO

Conferencia leída en la Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona el 16 de Enero de 1904.

III

En la antigüedad, el esclavo, completamente asimilado á la bestia de carga, no tenía ningún derecho al fruto de su trabajo. El amo le mantenía, y cuando se invalidaba le arrojaba á servir de pasto á las murenas que engordaba para su mesa, ó á que se muriese en cualquier parte como pudiese. En la Edad Media, el siervo sujeto al terruño, trabajaba á capricho del señor, pero esa misma dependencia le dejaba un tiempo en que trabajaba para sí: era un régimen inicuo, pero franco. El capitalismo moderno, hijo del refinamiento de la hipocresía denominada libertad del trabajo, no podía aceptar tan brutal franqueza, y acomodando el progreso con las palabras, ha inventado el jornal, que quiere que aparezca como la remuneración directa y adecuada del trabajo realizado, hallando el modo de que parezca por una parte que el trabajo sea retribuido íntegramente por su esfuerzo muscular ó cerebral, y por otra, que el capital fructifica y elabora ganancia por su propia virtud.

He ahí una *verdad aparente*, una de esas pretendidas «leyes sociales» que es necesario negar y envilecer para que no justifique más la usurpación de que los trabajadores somos víctimas. Así no podrán decir un momento más los detentadores de la riqueza social que poseen con justicia, sino que roban con astucia ayudados por la fuerza. La verdad es que el jornal implica siempre cierta cantidad de *trabajo no pagado*, la cual prolonga hasta la civilización actual la era de la esclavitud, de la explotación del hombre por el hombre y constituye para el capitalista la fuente única de la ganancia.

Conformándose con el jornal, aceptándole sin réplica, se aceptan todas sus consecuencias, y los mismos jornaleros, no me cansaré de repetirlo, son responsables del mal que sufren y del extracto de su propia vida que en forma de ganancia dan á sus explotadores. Veamos:

Se ha calculado que un trabajador norteamericano produce, un año con otro, un valor de 5.750 francos en mercancías. El jornal medio es de 1.750, de donde resulta que se usurpa al trabajador una ganancia nada menos que de 4.000 francos anuales.

Ignoro cómo puede haberse planteado el problema, ni sé tampoco de qué datos consta, mas, considerando las cifras en este caso como detalle accesorio, tengo por racional y exacto el resultado. Basta, para tener la evidencia de ello, considerar que con el jornal

no se compran fincas, ni papel del Estado, ni se levantan palacios, ni se viste con lujo, ni se come opíparamente, ni se va en coche, ni se tiene siquiera palco en la ópera, y siendo fabricante, si se tiene todo eso, y además se disfruta de una especie de derecho de pernada con las proletarias, y se puede ser cacique político, y eso que, como dicen ellos, los tiempos están malos, que hay crisis, que se aumentan las contribuciones y que los obreros se enredan en frecuentes huelgas.

Sabido es que los economistas pretenden apoyar sus teorías sobre la ciencia y justificar la ganancia, es decir, la usurpación que verifican en perjuicio de los trabajadores, persuadiéndonos que si somos explotados, miserables y hambrientos, lo somos científicamente y nada tenemos que reclamar. He aquí el fondo de su razonamiento: toman unos cuantos hechos derivados de la organización social presente, los declaran «leyes naturales», es decir, los consideran como productos de la organización humana, contra los cuales nada puede hacerse y que han de aceptarse sin réplica, y ya tienen todo un sistema indestructible.

El valor es, para los economistas, el fundamento de su sistema, entendiéndolo por él la fabricación de objetos de consumo; pero como esos objetos no son productos exclusivamente humanos, ya que en ellos entran terrenos, aguas, fuego, electricidad, metales, maderas, pieles, fibras, frutos, etc., etc.; es decir, grandes fuerzas naturales, y la combinación química libre de los elementos constitutivos esparcidos sobre la superficie de la tierra, es evidente que el que se apodera de esos objetos para traficar con ellos, realiza una ganancia, pero se apropia un valor que no le pertenece más que en parte, en lo relativo a la necesidad de su subsistencia, y cuanto exceda de ésto, sobre todo habiendo quien de ello carezca, cae dentro de la usurpación.

La teoría del valor inventada por los economistas no pasa de sofisma, es una ley artificial con que se pretende justificar el acaparamiento de los medios de producción y la usurpación de la riqueza social.

Insistiendo en la demostración, digo: es imposible determinar la parte de fuerzas naturales que entran en la fabricación de un producto; es injustificable que esas fuerzas naturales sean propiedad exclusiva del que, denominándose fabricante porque se lleva la ganancia, no contribuye, sino en contadísimos casos y en escasísima proporción, a la creación de un producto; es indeterminable la parte de fuerza muscular é intelectual necesaria para dar al producto forma comercial; no hay dinamómetro que pueda medir exactamente las fuerzas que entran en su fabricación para dar á cada uno de los que á su producción concurren, la parte correspondiente, y, por tanto, el valor de los objetos es puramente arbitrario, y sube ó baja según las oscilaciones de la oferta y la demanda, artificiales muchas veces y con tendencia á serlo siempre, sobre todo desde que se ha descubierto la manera de formar esos *trusts* poderosos que imponen su voluntad en los mercados como los bandidos en las carreteras.

Si los primeros traficantes se hubieran limitado á cambiar objetos de consumo, claro es que no hubiera podido crearse esa ganancia á que se da el nombre de capital, y no se hubiera llegado á esta triste conclusión: el capital no se acumuló hasta que vino la moneda á facilitar el cambio; sí, facilitarle, pero también á engañar al comprador sobre el valor del objeto vendido y á especular sobre el deseo ó sobre la necesidad de poseer determinados productos.

La llamada ley de la oferta y la demandada y ese otro artificio á que se da el nombre de libertad de trabajo, ha reducido al obrero á renunciar, no diré á todo lo superfluo, sino á limitarse á lo absolutamente indispensable para la vida animal. Si en el perímetro donde

ejerce su oficio el obrero hubiese otro que pudiese contentarse con una pitanza más escasa y miserable, aquél sería el preferido por el burgués, gananciero de profesión, y si en el lugar de uno hubiese cientos y miles de ellos, el jornal bajaría á proporción del minimum de alimentos determinados por aquellos obreros bajistas. Por eso los obreros piamonteses, que se contentan con un plato de macarrones, reemplazan en Francia á los obreros franceses, que necesitan carne abundante, y en Barcelona, en Cataluña en general, donde tanto se ha desarrollado la industria y la aplicación mecánica, acuden los obreros llamados *pachos*, que comen pan y cebolla y almacenan sus familias en habitaciones reducidísimas con el fin de ahorrar y llevar dinero á su pueblo, como los chinos, produciendo la rebaja de los jornales, rebaja en que se toma por tipo esa vida miserable y sin objeto elevado y digno, tendiendo á reducir al trabajador á la condición de los coolíes, infelices trabajadores asiáticos que son actualmente una amenaza para el proletariado de Europa y América, si éste no se apresura á efectuar la revolución social, en atención á que esas pobres gentes, incapaces de toda idea emancipadora, desarrollan fuerza animal á gusto del burgués á cambio de un puñado de arroz.

Gran recurso, á la vez que gran infamia, ha sido condicionar el precio del trabajo por el de las subsistencias: de ese modo se compra toda la fuerza del hombre, pareciendo comprar sólo su función, haciéndole creer que para la adquisición de las cosas indispensables á su existencia diaria, se necesitan diez ó doce horas cada día, y para colmo de hipocresía capitalista, mientras en la verdadera esclavitud el trabajo del esclavo reviste la forma de trabajo no pagado, en el régimen capitalista, hasta el exceso de trabajo parece trabajo pagado, que así es y en eso consiste el arte del ganancierismo: en dar menos de lo racional, pareciendo que dan con exceso.

Lo que enriquece, pues, al burgués, es la ganancia consistente en la diferencia que existe entre lo que puede llamarse el *precio social* del trabajo, ó sea el jornal medio, y el precio de venta, de que da exacta idea el cálculo de la producción del trabajador norteamericano de que queda hecho mención, y este otro fresco y reciente, que encuentro en una correspondencia de Londres publicada en un diario belga con la firma de un corresponsal que es querido amigo mío y compañero:

«Se trata de una señora Payne, viuda con tres hijos, que durante diez años se ganó la vida (¿qué vida!) trabajando en una gran sastrería del West-End, á quien se pagaba seis farthings (15 céntimos) por una labor llamada «acabar pantalones», empleando en cada par dos horas, lo que elevaba su jornal á 1,20. Sus patronos juzgarían aún estrujable el caso, y la rebajaron el precio del trabajo, y aquella malaventurada heroína, la madre, la mujer fuerte, la que juzgo autorizada para pisotear la virtud estéril, mortalmente infecunda de las santas místicas canonizadas por la Iglesia, con la vergüenza en el rostro pidió socorro al magistrado, quien á su vez debió avergonzarse de representar ante aquella infeliz el inmenso poderío de la Gran Bretaña.

»Con este motivo, M. Gilbert, que viene trabajando en una información acerca del *sweating* (explotación) en la industria del vestido, dice que los casos análogos son infinitamente más numerosos que lo que se creía. La producción media de los obreros y obreras que trabajan en esta industria es de cuatro libras esterlinas semanales; el término medio de los salarios es sólo de una libra. ¿Dónde van las tres libras restantes? Liberales y conservadores, librecambistas y proteccionistas permanecen indiferentes ante iniquidad tan tremenda. Pues hoy que la alternativa entre el libre cambio y la protección están á la orden del día en Inglaterra, bueno sería conceder alguna atención al problema del libre cambio en carne y sangre, de que el caso de la señora Payne es un doloroso ejemplo.»

Véase un dato curioso acerca de este asunto:

En el período de 1860 a 1872, en Norte América, empleaba diez horas un obrero carpintero para construir una mesa especial llamada *Writing-table*, que valía lo equivalente á 20 francos en moneda francesa. El precio se establecía de esta manera: material, 8 francos; trabajo, 12; total, 20. Un ingeniero llamado Himlow inventó una máquina que podía hacer 100 mesas en diez horas, ó sea una mesa en seis minutos, y en menos de dos años, Himlow, explotando solo su invento, arruinó á los pequeños constructores, sin rebajar un céntimo el precio de las mesas. Vendió luego su privilegio de invención á un constructor de máquinas, y poco después no había en los Estados Unidos carpintería sin máquina Himlow.

He aquí ahora una suposición de Walter-Jourde, de *L'Humanité Nouvelle*:

Por el robo ó de otro modo (la posesión es lo esencial, el modo no importa, porque el resultado es el mismo, ya que el dinero es un vale al portador), poseo un duro y con él compro material para una chaqueta de moda; pero como no sé hacerla, le propongo á un sastre pobre que me la haga, ya que él sabe, pero no tiene crédito ni las 5 pesetas que el comerciante exige para entregar el paño; el sastre acepta la proposición, y como es justo (el sastre y yo convenimos en ello), yo que le suministro los medios de comer trabajando, tengo el derecho de comer viéndole trabajar. El sastre necesita un día para ejecutar su trabajo, y como el sustento de un hombre (alimentación, casa y vestido) cuesta un duro diario, resultan para los dos 10 pesetas, 5 para el sastre y 5 para mí, y quedamos en paz... en paz á la moda capitalista, y luego vendo la chaqueta en su justo valor, á saber: 5 pesetas de material, más 5 de hechura, más 5 de anticipo de capital, más 5 de coste de tienda y de servicios prestados por el Estado, total 20 pesetas, y aun resulta barata.

En el caso que acabo de suponer he empleado un obrero solo, que disponía únicamente de inteligencia, tijeras y aguja; pero si empleo cierto número de obreros y les hago trabajar con el número correspondiente de máquinas, si uno me ha dado de comer, entre todos me harán rico, quedando probado que la ganancia se funda en ese trabajo no pagado que utiliza el capitalista desviando toda noción de justicia y de economía.

La afirmación expuesta resulta probada y evidentísima, pero los economistas, cerebros estropeados por el sofisma, no lo reconocerán nunca. Para ellos el valor de las cosas es independiente del trabajo que cuesta producirlas, es el capital que fructifica por su propia virtud, es el dinero que se reproduce por generación espontánea; el valor de un objeto cualquiera es proporcional al servicio que presta al adquirente, de cuya participación queda excluido el esclavo, que ya recibió en rancho y albergue su parte, el siervo que tiene reguladas sus relaciones con el señor, el jornalero que ya cobró su jornal.

Así se piensa, así se obra, sobre base tan irracional se funda una organización social, con una religión que pone en boca de un dios la profecía que asegura que siempre habrá pobres en el mundo, y con una ley que adjudica la riqueza al usurpador, cuando la estadística arroja datos como los siguientes que todo el mundo puede leer en *La Conquista del Pon*:

«En el suelo virgen de las praderas de América, cien hombres, ayudados por poderosas máquinas, producen en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas...

»Con las máquinas modernas cien hombres fabrican con que vestir á diez mil hombres durante dos años.

»En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso.»

Antes de terminar este asunto, expuestos los datos y argumentos racionales pertinentes á mi tesis, quiero oponerlos el más fuerte obstáculo posible á su admisión; tan firme estoy en mi juicio que, seguro de mi triunfo, que es el de la verdad, quiero probarle contra el más alto prestigio levantado en defensa de la mentira, del privilegio, de la injusticia social.

Léese en la famosa encíclica *Rerum Novarum*, edición oficial:

«A la verdad, todos fácilmente entienden que la causa principal de emplear su trabajo los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin á que próximamente mira el operario, son estos: procurarse alguna cosa y poseerla como propia suya con derecho propio y personal. Porque si el obrero presta á otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiere. Luego *si gastando poco de ese salario, ahorra algo* y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, *lo emplea en una finca, sigue-se que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma.*»

Adviértase que el papa infalible que escribió y lanzó eso al mundo con su bendición apostólica, ya sabía que el salario no podía transformarse en fincas, á no ser el salario del papa, porque algunas líneas antes se lee: «el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud...; ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores; á aumentar el mal vino la voraz usura...»

¿Para quién y para qué escribiría eso León XIII?

No quiero suscitar con mi respuesta cuestiones ajenas á mi propósito de mantenerme en el terreno de los asuntos económicos, y me limito simplemente á añadir: sólo por excepción se cuentan los que han sido jornaleros entre los propietarios: sólo por excepción se cuentan los jornaleros que ascienden á propietarios, los que no ascenderían si no empleasen medios indeclarables, porque el jornal, que es siempre insuficiente para las necesidades de la vida, no da acceso á la propiedad, y los propietarios lo son por medios que toleran las leyes y que absuelven los teólogos, pero que repugnan á la crítica racional.

IV

He aquí llegada la ocasión de hablar del dinero, lo que haré extractando lo mejor que sepa un trabajo de Tolstoi, que me parece da su verdadera significación.

Créese generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta es el producto del trabajo y que hay relación perfecta entre uno y otra.

Esa creencia es tan falsa como la que supone que cada organización social es resultado de un contrato previo. Dícese que el dinero no es más que un medio de cambiar los productos del trabajo: yo hago botas, otro cuece pan, un tercero cría carneros, y para facilitar las transacciones, nos servimos de moneda intermediaria. Así considerado, el dinero facilita la circulación de los productos y representa el equivalente del trabajo.

Eso sería perfectamente exacto si no cometiese violencia una de las partes sobre la otra. En cuanto se ejerce una presión, cualquiera que sea su forma, el dinero pierde inmediatamente su carácter primitivo y se convierte en medio coercitivo, en representante de la fuerza injusta y brutal.

Durante una guerra, el botín obtenido por el saqueo no es producto del trabajo, tiene-

una significación muy distinta del dinero ganado por la construcción de unas botas. Otro tanto sucede con la trata de esclavos.

Si unas campesinas hilan y tejen unas telas y las venden, y si unos siervos trabajan para el amo y éste vende el producto y recibe el precio, las campesinas y el amo de los siervos tienen una misma clase de dinero; pero en el primer caso representa el trabajo; en el segundo, la fuerza inícuca.

En una sociedad en que exista una fuerza que se apropie del dinero de los otros ó que proteja y defienda la usurpación, el dinero, lejos de ser la representación del trabajo, lo es del despojo á que se somete al trabajador.

Sería el dinero equivalente del trabajo en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres; en la actualidad y en esta sociedad, después de tantos siglos de rapiñas y detentación por los privilegiados del patrimonio universal, el dinero centralizado, no hay quien lo niegue, es violencia y tiranía capitalizada, y el trabajo no entra en él más que en una parte mínima. Decir hoy que el dinero representa el trabajo es, no ya un error, sino una mentira.

En su significación más exacta, el dinero es un signo convencional que da al que lo posee, á título justo ó injusto, el medio de servirse del trabajo de los otros.

Casi siempre el trabajador vende los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no ya porque el dinero presente facilidades de cambio, sino porque se le exige como obligación.

Cuando los faraones de Egipto exigían el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su trabajo pasado y presente; pero con la aparición y generalización de la moneda y del crédito, su consecuencia, el trabajador vende su trabajo futuro.

El dinero representa la esclavitud impersonal, que ha substituído en las modernas democracias á la antigua esclavitud personal; y el salario no es otra cosa que el tugurio, el vestido y la bazofia del antiguo esclavo suministrado en numerario, con lo que si nos dejan estirar nuestra actividad hasta donde llega la cadena representada por nuestras privaciones, en cambio, en la época de crisis no tenemos, como tenían nuestros antepasados, la pitanza segura, sino que los amos del día nos dejan morir de hambre cuando los almacenes no pueden contener la sobreproducción.

Supongamos un burgués de aspecto venerable que nada ha hecho, ni hace, ni hará que tenga valor cambiante y social; es esposo de una señora caritativa que, por sadismo, porque le gusta el contacto de la miseria para mejor apreciar el *confort* de que disfruta y embriagarse con la lisonja de la gratitud, lleva la afrentosa limosna á la mansión del pobre, del excedente social; el tal burgués es padre de hijos que se doctoran en la Universidad y de hijas que son el encanto de los paseos, de los teatros, de los templos, de los salones de buen tono, y lleva tras sí, como perrilla bien cuidada que sale á la calle, una cohorte de gominos callejeros que husmean la dote; éste tal corta periódicamente el cupón de la renta, el cual representa trabajo indudablemente; pero ¿de quién? No seguramente del rentista, quien en el valor de aquel cupón, como en hostia maldita consagrada en el altar del capitalismo, lleva el sudor, la sangre, la muerte prematura de muchos desheredados, y con ello usurpa muchas, muchísimas raciones de productos agrícolas, industriales, científicos, artísticos, etc., que corresponden á tantos y tantos infelices desheredados que de ellas carecen.

He ahí lo que es el dinero, fruto de la ganancia, y ved cómo á su posesión contribuyen: la esclavitud más ó menos disfrazada de los trabajadores, la explotación que ejercen los capitalistas, el mutualismo del crédito, la sanción que le prestan las leyes, la justicia.

ción que le otorga la religión bajo la palabra sagrada de un papa infalible, la moral, y hasta, no la ciencia, sino algunos científicos, cuando lo consideran como el premio de la victoria de los fuertes sobre los débiles y mal dotados en la lucha por la existencia.

A la perpetración de ese crimen social contribuyen, en primer término, las instituciones; después, por rutina, por atavismo y por ignorancia contribuimos todos. Podrá excusarse nuestra responsabilidad por la consideración de que obramos impulsados por la fuerza poderosa de la tradición; pero dada la existencia de la protesta científico-revolucionaria que desde mediados del siglo pasado agita al mundo civilizado, protesta que ha puesto en actividad grandes inteligencias creadoras de la sociología, y que ha llevado á la propagación, á la lucha económica y revolucionaria á muchísimos abnegados y nobles altruistas que dieron su libertad, sus amores y su vida por la libertad, el amor y la vida de sus compañeros, la ignorancia y la indiferencia son una complicidad que lleva como castigo el convertir á los cómplices en víctimas, de modo que, al ayudar á los tiranos, trabajan en su propio daño. Sí, los desheredados que no ayudan positiva y directamente á sus compañeros que luchan por la transformación de la sociedad, no sólo son culpables y partícipes de la iniquidad privilegiada, sino que hasta pierden el derecho á la queja, porque su propia conciencia puede acusarles de traidores contra sus compañeros y contra sí mismos.

V

Vosotros, los dependientes de comercio, os halláis, en el concepto que acabo de indicar, en una condición especialísima, diferente de la de los demás explotados. Ved en qué consiste esta diferencia. Todos, ó la generalidad de los trabajadores de la industria y de la agricultura elaboran sus productos, el capitalista los toma y los entrega al comercio, pero el comerciante, al entregarlo al consumidor por medio de su dependencia, ha de sacar de él su ganancia, ya sabéis cómo, poniendo en práctica el famoso y popular «dar gato por liebre», y este es el principal servicio que el burgués vendedor, que ya ha sacado lo que ha podido del burgués llamado productor, espera de su dependiente, que ha de ser diestro en el arte del regateo, locuaz para mostrarse entendido en la producción del género que vende y sugestivo hasta el punto de persuadir al comprador que realiza un buen negocio con la compra. Vuestra profesión se halla comprendida entre las que Nettlau propone que se estudien para impedir que produzcan sus desastrosos efectos, junto con aquellas otras que fabrican géneros adulterados para estafar y aun envenenar al público y las que construyen cierta clase de edificios públicos ó habitaciones incómodas ó anti-higiénicas para pobres.

Sobre vuestra profesión, no he de disimularlo, y espero, compañeros, que en bien de la verdad y de la justicia á la vez que en vuestro bien me diápenéis mi franqueza, pesa, no diré un cargo, una consideración; sois de los que más reacios se han mostrado para ingresar en las legiones del proletariado militante, lo que se explica perfectamente por dos causas: primera, porque el contacto con el dinero y el conocimiento del mecanismo del crédito ha hecho de vuestra profesión una especie de noviciado comercial, á cuyo término se hallaba la consagración burguesa de comerciante; segunda, porque el adoptar un vestido y afectar unas maneras convenientes para tratar con el público, ha inspirado á muchos dependientes la idea de que eran superiores al obrero, que habla sin afectación y con cierta rudeza espontánea, y no se desdaba de presentarse en la calle con el traje del trabajo. Pero la justicia proletaria no ha de ser más dura que la cristiana, la cual, según el

evangelista Mateo, paga un denario á todo obrero de la viña del Señor, tanto al que se ajustó y comenzó el trabajo á primera hora como al que comenzó cerca de la hora undécima. Lo importante es que habéis venido, que todos fraternizamos en el trabajo contra la explotación, que habéis comprendido que á la participación del capital, aunque sean muchos los llamados, y lo son todos vuestros colegas, pocos son los escogidos, sobre todo desde que el capitalismo va encontrando trilladas todas las vías del negocio, y no hay medio de encontrarle sino con un capital previo imposible de formar con lo mezquino de vuestro salario.

Y á todo esto ¡qué vida la vuestra! ¡Qué modo de clavar sus uñas en vuestro cuerpo el monstruo de la ganancia! He leído recientemente un opúsculo de Macein, titulado *Los horrores del comercio*, en que con estilo sencillo, pero reboando sinceridad, refiere vuestros padecimientos, y es seguro que si el sufrimiento pudiera medirse, se os pudiera parangonar con los explotados que la opinión califica de más sufridos.

De aquel escrito tomo estos apuntes:

«Nada envidiable es la misión del dependiente de comercio, nada decorosa su situación.

»El oficio que desempeña al comienzo es bastante penoso, y sigue siéndolo hasta que se convierte en amo.

»Las calamidades que pasa son infinitas, y por eso mismo que las ha sufrido y que no se las han contado, debiera extirpar, cuando se hace burgués, esos procedimientos de rutina y desconcierto que tan mal se avienen con los principios modernos, y que tan mal dicen en favor de los sentimientos humanitarios del hombre.»

Sigue relatando detalladamente la serie de malos tratamientos infligidos al infeliz aprendiz de dependiente llamado «hortera», entre los cuales se cuentan el hambre, la falta de descanso, el desprecio, los castigos injustificados, etc., y añade: «salario no se le concede hasta que no lleva uno, dos y á veces hasta tres ó cuatro años; al cabo de este tiempo gana dos, tres ó cuatro duros al mes».

Continúa diciendo:

«Para nadie es un secreto cómo se desarrolla el comercio. La falta de iniciativas y la pobreza de inteligencia de los que dirigen las ácamaras, los centros, los círculos mercantiles, los sindicatos, etc., son las causas determinantes del malestar general de las clases comerciales y de la languidez y ruina del comercio. Los dependientes trabajan para sus principales y éstos van echando céntimo á céntimo, en el buzón de sus rapiñas, el producto casi íntegro del trabajo de aquéllos.

»Comerciante es sinónimo de usurero. No se preocupan nuestros comerciantes de los problemas que atañen al engrandecimiento y bienestar de sus esclavos. No estiman prudente realizar acto alguno que pueda contribuir á revestirlos de esa simpatía indispensable al mantenimiento de la paz. No buscan más que el medio de retener á los hombres bajo su torpe dominación. Se niegan á reintegrar las legítimas aspiraciones de los que, menos astutos, menos audaces ó menos afortunados, no han conseguido conquistar un puesto. Opone obstáculos y dificultades á los que pretenden salir de su postración. No quieren enlazar intereses con intereses. Más fuertes y poderosos, desprecian siempre que pueden las iniciativas de los de abajo. Encuentran descontentado y temerario el derecho de asociación, y más temerario y descabellado el derecho de la huelga. Añádase á todo esto la falsificación de los géneros, la adulteración de los alimentos y el robo en el peso ó en la medida, y se tendrá completo el tipo del comerciante.»

He dicho antes que la justicia proletaria, y ahora quiero denominarla anarquista, no

había de ser más dura que la cristiana, a propósito del hecho de que entre los explotados sois los últimos que acudís al llamamiento histórico de Marx: «¡Trabajadores del mundo, asociados!» Pero he de añadir ahora otra consideración: si mientras ignorabais que en la viña del Señor había trabajo, nadie podía reprocharos haber acudido a última hora, y por eso se os pagó un denario como a los que comenzaron a hora prima, en estos momentos que estáis en la viña y que veis la gran labor que ha de efectuarse, vuestra conciencia, aquel sentido íntimo donde radica toda justicia, que no es ya justicia de religión, de secta ni de partido, sino justicia absoluta y perfecta, os impone el deber de contribuir al trabajo con una parte que no rebaje vuestra honorabilidad de clase ni vuestra dignidad personal.

Ved lo que dice Henri Dagan para terminar su obra *Supersticiones políticas y fenómenos sociales*, de donde he tomado algunos pensamientos para el presente escrito:

«Se está cerrando la era del trabajo.

«Los pueblos atraviesan una crisis sin ejemplo en la historia universal: se empobrecen en el seno de la abundancia.

«En los países más ricos (Estados Unidos é Inglaterra), el pauperismo es más intenso.

«Hemos llegado al caso de preguntarnos si vamos hacia una nueva servidumbre ó á una libertad desconocida.»

Duda terrible, compañeros, á la que es preciso responder de una manera categórica enérgica.

Yo os daré mi respuesta, pero antes conviene hacer esta observación:

Todos los abusos del poder se acumularon durante la Edad Media en la autoridad de la Iglesia; sobrevino la Reforma, verdad y justicia relativas, y produjo el aborto del protestantismo que, justiciero contra el catolicismo, concuerda con él en oponer los errores primitivos y trasnochados del Génesis á las verdades recién descubiertas por la ciencia. Vino luego la revolución democrática, y tomando por unidad política el ciudadano, título que por parangonar en el derecho parlamentario al pobre y al rico encubre todas las desigualdades sociales, convirtió en ridículo sarcasmo la famosa trilogía republicana. Surge luego el socialismo, á consecuencia del fracaso de la democracia y de la república; verdadero fracaso, compañeros, tened el valor de reconocerlo, porque en ninguna de la treintena de repúblicas que hay en el mundo existe libertad, igualdad ni fraternidad, y para darse carácter práctico, huyendo de ser tenido por utópico, ha caído en un utilitarismo burgués, inculcando á los trabajadores la conquista del poder por la política, y la del capital por la cooperación, utopía pancista tan lejos de la realidad como lo estuvo Sancho Panza de ser titulado conde, duque ni archipámpano.

Sí, verdad es que atravesamos la crisis absurda del hambre en la abundancia; pero de ello son responsables y culpables en gran parte todos esos reformadores que desvían al trabajador de la vía emancipadora, que aceptan las semiverdades, que por fuerza atávica están enganchados al pasado, y por vanidad y moda se presentan como radicales, de los cuales no saldrá jamás nada claro, concreto ni práctico, sino lo que saliere, reservándose del derecho de criticarlo después. Para mí, el temor de una nueva esclavitud, desconociendo el valor del progreso, tiene tan escaso fundamento y merece tan escaso crédito como el que se concedería á quien profetizara que el hombre ha de retrogradar hasta convertirse en mono.

Sí, vamos á una libertad desconocida, pero prevista; vamos á la participación de todos en el patrimonio universal, y esto como consecuencia del saber y de la dignificación de

los hombres, contribuyendo á la realización de este ideal los errores de los regresivos y de los estacionarios, tanto por lo menos como la energía de los progresivos.

Vamos... pero no quiero decroslo yo; mi profecta del ideal no puede gozar del menor crédito.

Oid lo que dice Eltseo Reclús, anarquista á quien los mismos burgueses consideran como una eminencia científica:

«La sociedad anarquista es una comunidad de iguales, y será para todos una felicidad inmensa, de que no podemos formar idea actualmente, vivir reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos los unos de los otros; los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus aptitudes personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra, gozarán de una vida libre, cada vez más amplia, poderosamente consciente y fraternal...»

Ya lo veis, compañeros, desde el abismo de la pérdida en que nos tiene sumidos el régimen de la ganancia, aspiramos á esa edad de oro que nos promete la ciencia, superior á la que del pasado forjaron los poetas. Id á trabajar por su aproximación, y en pago de vuestro trabajo disfrutaréis de la propia estimación, que es la mayor recompensa á que puede aspirarse, y por añadidura seréis recompensados con la gratitud de los desheredados á quienes hayáis roto las cadenas de la servidumbre.

Un pensamiento final para las mujeres: la mujer es susceptible de saber tanto como el hombre y de sentir más que el hombre.

Se ha dicho, y me parece que la historia lo confirma, que en el mundo no triunfa una idea hasta que las mujeres la aceptan, la sienten y son capaces de sacrificarse por ella.

Yo sé cómo sienten las mujeres, porque me lo ha enseñado la experiencia del mundo y por lo que he visto en mi familia cuando he tenido la honra de sufrir por la idea; sé, por tanto, que habéis de sufrir cuando os hiera el privilegio, y más aún cuando hiera á los que amáis.

Un consuelo y un remedio os propongo: que esforcéis vuestra inteligencia hasta conocer la verdad, la belleza, la justicia, y sobre todo la posibilidad del ideal libertario. Sentid mucho lo que sufran por la iniquidad social vuestros padres, vuestros hermanos vuestros amigos, vuestros esposos y vuestros hijos; pero sentid más los atropellos cometidos contra la razón, porque de ese modo, con vuestra enseñanza y con vuestros consejos evitaréis muchos males. Si así no lo hacéis, sufrid, y sufrid vuestro merecido, porque en todos aquellos males os corresponde gran responsabilidad.

Anselmo Lorenzo.

EL CASTILLO MALDITO

ESCENA XII

Los mismos, Portas y verdugos.

PORTAS

¿Estáis tranquilos? (*Portas espera que le contesten: nadie lo hace*). Ya sé que habéis recibido muy mal á los padres jesuitas... ¿Qué contestáis?

OLLÉ

Se exigía de nosotros lo que no podemos dar.

PORTAS

No te precipites, que puedes arrepentirte (*sacándose un papel, amenazador*). Vengo dispuesto á obtener de vosotros lo que habéis negado á los padres jesuitas. Ya supongo que os burlaréis de mis palabras; mas también sé que sucumbiréis á mis hechos.

GANÁ

No se necesita ser muy valiente para amenazar á presos indefensos, teniendo guardadas las espaldas.

PORTAS

Así pagas tú, Gana, los favores que te hemos hecho. Si cierta persona, que se ha interesado por ti, supiera cómo correspondes á sus desvelos, quizá no le quedaran ganas de favorecer á desagradecidos.

CALLÍS

¡Vaya un favor, tenerlo cinco días trotando sin comer ni beber!...

PORTAS

(*á Callís*). Tú salvas la cabeza por milagro; pero no olvides que aún estás en mi poder (*pausa, los mira á todos como para asustarles*). ¡Ea, á firmar!

SUÑE

¡Qué hemos de firmar!

PORTAS

Firmad, digo, y no admito preguntas (*los presos se agrupan todos hacia el rincón como hacen los corderos á la vista del lobo*).

OLLÉ

Nos negamos.

PORTAS

(*á los verdugos*) Los vergajos y las mordazas. (*Los verdugos desaparecen; los presos, al verse solos con Portas, hacen un movimiento de avance hacia su verdugo todos á una y agrupados; pero lo más disimuladamente posible, Portas se va echando á un lado, acercándose cada vez más hacia la puerta; los presos continúan en su movimiento de avance dándose golpecitos con los codos como para animarse mutuamente y realizar las intenciones que abrigan respecto de Portas; de cuando en cuando miran hacia la puerta; cuando están muy cerca de ella, aparecen los verdugos con mordazas, cuerdas y vergajos.*)

PORTAS

(*desde la puerta*). Atadlos antes, porque el apaleamiento va á ser de primera (*los cuatro verdugos cogen á Callís y le atan los brazos por la espalda; mientras hacen esta operación, entra un verdugo y entrega un volante á Portas; este, después de leer el volante*). Me llama el gobernador del Castillo; volveré (*á los verdugos*). Desatadlo (*dejando el papel encima de una cama*). Aquí dejo esto, enteraos; dentro de un rato tendréis el disgusto de oirme nuevamente, y si aún no habéis firmado este escrito, empezará para vosotros un nuevo calvario.

(*Se va seguido de los verdugos, que se llevan las mordazas y las cuerdas; cierran la puerta con gran ruido de cerrojo; al hallarse solos los presos se miran unos á otros como interrogándose; están aterrados; la idea de sufrir nuevos tormentos anonada su alma; andan por el calabozo maquinalmente, dando traspies, con semblante y ademanes trágicos*).

GANÁ

(*de repente se echa encima de su cama y dice*) Nos matarán.

LOS DEMÁS
(*aterrados*). Calla, calla, pts. pts...

OLLÉ
(*Poniendo la oreja en la cerradura y con acento trágico*). Ya vuelve.

CALLÍS Y SUÑÉ
¡Ya vuelve!

GANÁ
(*incorporándose*). Nos matarán.

LOS DEMÁS
¡Calla, calla... pts... silencio... (*Cae el telón del cuadro sexto, mientras Ollé escucha en la puerta, y los demás repiten, como si fuese el eco de la voz de Gana y mirando á todas partes*) - Nos matarán, nos matarán.

CUADRO SÉPTIMO

Decoración.

(*Representa la capilla de Alsina. Está colocada horizontalmente al contrario de las otras; no debe tener más que metro y medio de longitud para dar lugar á la preparación de la escena del cuadro final; al levantarse el telón, Alsina se hallará sentado en la silla de cara al público, con sus dos hijos en las rodillas; los niños tienen cuatro y seis años de edad respectivamente; Alsina besa con afán á sus hijos.*)

ESCENA XIII

Alsina y dos niños de cuatro y seis años.

NIÑO 1.º
Vamos á casita, papá, que mamá nos espera.

NIÑO 2.º
¿Dónde está mamá? ¿Por qué no viene?

NIÑO 1.º
No han querido dejarla entrar los soldados.

ALSINA
(*llorando*). ¡Hijos míos, hijos míos; soy inocente, sí, soy inocente!

NIÑO 1.º
Vamos á casa, que mamá siempre está llorando.

ALSINA
(*besándolos*). Hijos míos, no volvere más

á casa; soy inocente, y vosotros os quedaréis sin padre.

NIÑO 1.º
(*saltando al suelo y cogiendo á su padre de la mano*). Ven conmigo, verás cómo no te hacen nada los soldados; á mí no me dicen nada (*intentando hacer seguir á su padre*). ¡Vamos, vamos!

ALSINA
(*cabizbajo, sin escuchar lo que le dice su hijo*). Soy inocente, soy inocente y me matan. ¿Qué triste es morir siendo inocente; qué triste morir sin saber uno de qué le hablan!

ESCENA XIV

Los mismos y un jesuíta.

JESUÍTA
(*desde la puerta*). Juan, despídete de tus hijos.

ALSINA
(*con tristeza*). ¿Para siempre?

JESUÍTA
Hace mucho tiempo que los tienes contigo y no puedes quejarte de nuestra complacencia.

ALSINA
¡Son mis hijos!

JESUÍTA
Ya lo sé; pero en este momento todos tus pensamientos deben ser para Dios.

ALSINA
(*algo excitado*). Pero ese Dios todopoderoso. ¿por qué permite mi asesinato?... ¡Soy inocente!

JESUÍTA
Esto tú y él lo sabéis.

ALSINA
(*dejando su hijo pequeño en el suelo y levantándose airado*). Lo sabe usted también; lo sabéis todos, y todos sois cómplices del asesinato que se va á cometer.

JESUÍTA
Sólo Dios lee en las conciencias.

ALSINA
¡Qué cosas leerá en las de ustedes!

JESUITA

¡Tú también, ingrato, tú también pagas con insultos el favor pedido con lágrimas en los ojos, de ver á tus hijos antes de morir!

ALSINA

Si me quitáis la vida siendo inocente. ¿qué os debo?

JESUITA

Yo no te la quito.

ALSINA

¡Mucho habría que hablar sobre este asunto! El mil veces maldito Marzo no ha sido más que vuestro instrumento.

JESUITA

(dirigiendo la voz hacia la puerta). En fin, llevaos estos niños.

ALSINA

Antes quiero besarles de nuevo.

JESUITA

No lo mereces (á los verdugos que entran en este momento). Sacadlos fuera.

ALSINA

¡Hijos míos, hijos míos; venid á mí!

NIÑOS

(llorando). Papá, papá, huyamos de aquí; son malos. (Cae el telón del cuadro séptimo, mientras los niños gritan: «papá», y Alsina contesta: ¡hijos míos!; el jesuita se coloca en el dintel de la puerta mirando una vez á los niños, y otra á Alsina con sonrisa infernal; por fin, los verdugos se llevan á los niños y cae el telón.)

CUADRO OCTAVO

Decoración.

La escena representa una parte de los fosos que rodean Montjuich; el lado izquierdo figura el muro del Castillo, cuya parte superior no se ve porque el muro es más alto que la boca del teatro; el centro de la escena representa el foso, y la derecha, desde el primer bastidor hasta el último de la izquierda, formando un segmento, figura la pared que circunda al foso, cuya parte superior ha de verse desde los primeros pisos del teatro; en el suelo y en las grietas de la pared de ambos lados, yerba. En primer

término, del lado izquierdo, una puerta, la de la poterna del Castillo, la pared de este lado da la vuelta desapareciendo dentro de los bastidores á los tres metros, formando también un segmento, aunque más pequeño que el de la derecha. Cuando se levanta el telón no es aún completamente de día; la puerta de la poterna cerrada; á los pocos segundos de haberse levantado el telón pasan por encima de la pared, que representa el foso, algunas sombras; no se destacan bien; son gentes que madrugan para presenciar la ejecución; poco á poco va clareando el día; acude más gente; lo alto de la pared se llena de ella; ya se distingue bien; se abre la puerta de la poterna, y en ella aparece un verdugo que observa un momento á la gente y se retira dejando la puerta abierta; á los pocos segundos salen de la puerta de la poterna dos compañías del Regimiento Cazadores de Figueras que desaparecen por la izquierda; otros segundos de espera; después aparece Aschery acompañado de un sacerdote que lleva en la mano un crucifijo; Aschery va atado por la espalda, y detrás de Aschery, cogiendo la cuerda que lo ata y que mide metro y medio, dos ó tres soldados; Aschery anda despacio, con paso inseguro, no levanta los ojos del suelo; el cura le dice cosas que el público no oye bien; la triste comitiva desaparece también por la izquierda; momentos de ansiedad en la gente de la pared; inmediatamente después de desaparecer Aschery, salen de la misma puerta Más, en igual forma que Aschery, el cura y los soldados que cogen la cuerda, etc. Más viste americana; al hallarse al aire libre se para de pronto, mira un momento á la gente y emprende de nuevo la marcha volviendo la cabeza varias veces para mirar á lo alto; desaparece por la izquierda; á Más le sigue Nogué atado como los demás y asidos de la cuerda tres soldados; viste americana; con paso firme y seguro da la vuelta, y cuando iba á desaparecer, nota la presencia del público, á quien contempla un instante con cara compasiva, como queriendo decir: «¿cómo te engañan, pueblo!» Un momento de pausa y de silencio profundo; en la escena no se ve más que la gente del foso; el día avanza; de pronto apa-

rece Molas, que viste blusa azul, atado como los demás; anda de prisa con la cabeza erguida, arrastrando casi á los soldados, que van cogidos de la cuerda; da la vuelta á la pared, en un abrir y cerrar de ojos; á continuación aparece Alsina, viste blusa blanca; se para en el portal de la poterna, mira la gente un momento y después echa á andar de prisa, también, seguido de los soldados que lo llevan atado; aun no ha desaparecido Alsina, salen por la poterna dos curas y el juez que siguen á la comitiva hasta doblar la esquina; pero antes de doblarla se para y mira con recelo á la gente de la pared; desaparece el juez un momento por la izquierda y retrocede visiblemente intranquilo, situándose en primer término de la izquierda; en este momento, por la izquierda del foso adelantan, de cara á la pared del mismo, Molas, Nogué, Más, Alsina y Aschery, llevan los brazos atados y de ellos pende la cuerda que antes cogían los soldados; se paran de cara á la pared, alineados.

ESCENA XV

Molas, Aschery, Nogué, Alsina, Más,
Juez y los curas.

MOLAS

(volviendo la cabeza). ¡Soy inocente, asesinos!

MÁS

(levantando la cabeza y mirando la gente).
¡Viva la Anarquía! (después rompe en una carcajada estridente).

NOGUÉS

¡Abajo la Inquisición! (volviendo la cabeza).
¡Fuego, fuego!

ALSINA

¡Hijos míos, soy inocente!

MOLAS

(con voz muy fuerte). ¡Mueran los verdugos!
¡Asesinos! ¡Viva la Revolución Social! (voces confusas de vivas). ¡Somos inocentes, asesinos! (se oye una descarga cerrada; de la gente sale un grito que parece rugido de mil fieras; caen al suelo Más, Aschery y Nogué; Molas anda algunos pasos tambaleándose y cae á los pies del Juez y de los curas, á quienes mira con rabia antes de desplomarse. Los jesuitas y el Juez se meten dentro del Castillo por la puerta de la poterna; Alsina continúa de pie, se oye otra descarga; cae Alsina; salen de nuevo el Juez y los dos jesuitas que, al contemplar á sus víctimas, exclaman beatíficamente:

JESUITAS

¡Dios les haya perdonado!

JUEZ

(echándose en brazos de un jesuita). ¡Que Dios nos perdone á todos!

(De entre el público se oye una voz profunda y lejana que dice con fuerza y rabia) ¡Venganza!

(Cae el telón rápidamente).

Federico Urales.

LA LOCURA DE NIETZSCHE

La influencia, cada día mayor, de la obra del célebre escritor alemán, ha sugerido á un especialista en enfermedades mentales la idea de estudiarle retrospectivamente como un caso de patología ordinaria. Ya se sabe que Nietzsche murió de parálisis general progresiva, y sábase también que esta enfermedad, que afecta á diferentes funciones de la vida vegetativa, se manifiesta al mismo tiempo por perturbaciones de la inteligencia que han sido objeto de muy numerosos y muy importantes trabajos. De esta suerte, la tarea del médico que examine la psicología de Nietzsche, será sumamente fácil: no tendrá más que buscar en los actos ó en los escritos del filósofo alemán los síntomas que puedan ser referidos con certeza á la parálisis general. Esto es lo que ha hecho el Dr. Michaut. Ha

podido hacerlo tanto mejor, cuanto que es bastante excepcional, en efecto, en la historia de la literatura, encontrar un escritor interesante atacado por una afección mental, tan bien caracterizada como la parálisis general y cuyo diagnóstico se haya desprendido del mismo sujeto.

El Dr. Michaut, en el estudio que publica la *Clinique générale de chirurgie*, examina con cuidado, y hasta con minuciosidad, las diferentes analogías que se pueden observar entre la psicología de Nietzsche y la psicología del paráltico general. Nos declara que, a pesar de las condiciones excepcionales en que se encuentra uno para estudiar á Nietzsche, los diferentes críticos están lejos de hallarse de acuerdo sobre el momento en que la terrible enfermedad comenzó sus estragos. Para unos, para Max Nordau ó J. P. Mæbius—por ejemplo, Nietzsche fué un perturbado toda su vida. Mientras que para otros, y particularmente para Enrique Albert, todas las obras de Nietzsche son las de un hombre sano de espíritu; los amigos y los admiradores del filósofo, en efecto, sostienen que su inteligencia enfermó á partir de un ataque de apoplejía que se presentó á fines de Diciembre de 1888. Desde aquel momento, por lo demás, Nietzsche no volvió á producir nada.

El Dr. Michaut se queda en el término medio de estas dos opiniones extremas. En la época en que Nietzsche escribía *Aurora*, la enfermedad comenzaba su obra destructora, y si Mæbius y Max Nordau pretenden que *Los orígenes de la tragedia* y las *Consideraciones inactuales* son la obra, no de un paráltico general, pero sí de un histérico; el doctor Michaut estima que esos dos volúmenes ofrecen un todo bastante seguido y coordinado para excluir toda enajenación mental, y particularmente la parálisis general que forma, ella sola, el interés de Nietzsche, desde el punto de vista de la patología mental. El filósofo alemán ha podido ser, en efecto, más ó menos neurópata ó histérico, sin que este hecho, extremadamente vulgar, despertase el interés.

Por consiguiente, después de la publicación de esos dos primeros volúmenes fué cuando Nietzsche comenzó, según el Dr. Michaut, á manifestar los síntomas de su enfermedad. Desde esa época, las células nerviosas de su corteza cerebral, es decir, los órganos más esenciales de su inteligencia, no funcionaban ya normalmente.

Entre los signos de la enfermedad, el Dr. Michaut pone, desde luego, la neuralgia oftálmica que sufría Nietzsche, neuralgias que le martirizaban más de cien días en un año (el mismo Nietzsche hizo la cuenta exacta), y sobre las que no tenía acción ningún medicamento.

Otro síntoma del mal: A partir de *Aurora*, Nietzsche no piensa más que por sí solo. Jamás trata de apoyar su pensamiento en las opiniones expresadas por ilustres predecesores. Se puede considerar que Nietzsche manifestaba con ello un cierto grado de amnesia, signo precoz é importante de parálisis general.

Del mismo modo, no se sirve ya en adelante para expresar sus ideas, sino de aforismos; sus obras no son un todo coordinado y seguido, sino un revuelto, un amontonamiento de ideas descosidas y sin ilación. «Una colección de pensamientos escritos ó dictados al día, sobre cuadernos, á través de los cambios de residencia, he aquí lo que es *Aurora*, dice el Dr. Michaut, y añade que Nietzsche se contradice, se repite, se parafrasea en una serie incesantemente cortada de afirmaciones breves, secas, que no dan lugar á ningún razonamiento... Aquí está, precisamente, la característica de los discursos de los parálíticos generales que proceden por afirmaciones...

El Dr. Michaut comprueba aún otras analogías entre Nietzsche y el paráltico general. Piensa que los innumerables neologismos que Nietzsche ha creado manifiestan una forma especial de amnesia. Nietzsche, no pudiendo conseguir encontrar en su memoria la palabra propia para expresar su idea, se ve obligado á crear nuevas. «Se ha comparado, añade el Dr. Michaut, el estilo de los incoherentes con los cantos de los niños que gustan de repetir sobre vagos aires de melopeas palabras que no asocian sino por su asonancia ó rima. Nietzsche es muy rico en esta clase de ejemplos. No escoge las palabras á causa de su significación, sino en virtud de una analogía de sonos que las recuerda. Así, la repetición frecuente de dos sustantivos que forman un juego de palabras: *Freundschaften, Leidenschaften, Trauer-Spiele, Trauer-Erste*, etc. A veces la parálisis general toma, desde el punto de vista especial del lenguaje ó de la escritura, una apariencia de afasia: repetición de una palabra, siempre la misma, para expresar una idea diferente, porque el enfermo no encuentra la palabra que busca.»

Sabido es que *Aurora* es un violento ataque contra la moral. Ahora bien, el Dr. Michaut ve la traducción en disertación del hecho que el iletrado realiza en actos: «Esa necesidad de inmoralidad, ese encarnizamiento para demostrar que la moral ha sido un obstáculo para el progreso de la felicidad humana es la expresión literaria, en un gran erudito, de lo que sucede en el paráltico vulgar, en el comerciante escrupuloso, que, de repente, se niega á pagar una letra. El sentido moral se anestesia, como el sentido olfático, por ejemplo, y se pierde antes que la demencia aparezca á los ojos de todos.»

Además, hay que poner al lado de esta inmoralidad teórica, el hecho de que todo un capítulo de *Aurora* es una serie de dichos repugnantes é intraducibles.

Desde el momento en que Nietzsche comienza á escribir *Aurora*, se muestra de una actividad extraordinaria. «*Aurora*, el *Gay Saber* y *Zarathustra* fueron concebidos al mismo tiempo», dice el Dr. Michaut, y Nietzsche declarará más adelante que se encontraba en aquel momento en un estado de *exuberancia del espíritu*. En diez días, en efecto, escribe las tres primeras partes de *Zarathustra* y termina completamente esta obra entre Noviembre de 1881 y Enero de 1882, á través de sus múltiples cambios de residencia. Escribe, dice el Dr. Michaut, «en plena manía ambulatoria, en Rapollo (cerca de Génova), en Lils-Maria, en Engadina, en Niza, en Menton... Durante toda su carrera profesoral, Nietzsche produjo relativamente poco; su actividad de escritor se revela de pronto en el momento en que abandona el camino que había libremente elegido, en el momento en que está enfermo, y más aún, en el momento en que viaja por razón de salud.»

Los médicos alienistas pueden reconocer en esta suractividad intelectual repentina un fenómeno que observan frecuentemente en los parálticos generales. Se ve, en efecto, á menudo que un enfermo, hasta entonces más ó menos apático é indolente, ejecuta trabajos considerables, se entrega á empresas vastas ó á especulaciones aventuradas, cosas en las que jamás hubiera pensado en el estado normal. Del mismo modo Nietzsche, en el momento en que iba á aparecer *Aurora*, dice el Dr. Michaut, «escribe con una actividad febril, una rapidez prodigiosa, ocupándose en dar la última mano á un manuscrito cuando corrige las pruebas del último volumen á punto de publicarse. Esta devoradora actividad, esta insaciable pasión de cambiar de lugar, son los síntomas conocidos de la parálisis general en sus comienzos.»

El Dr. Michaut determina aún en las obras de Nietzsche otros síntomas característicos: el delirio hipocondríaco, y, sobre todo, el delirio ambicioso. Cierta es que en lo que concierne á la hipocondría, el Dr. Michaut no encuentra manifestación precisa sino en obras muy posteriores á *Aurora*, pero la megalomanía se manifiesta en *Aurora*, por el hecho de

que «en todo busca el efecto, el relieve y llega á ello por los medios más groseros». Únicamente en *Zarathustra*, sin embargo, se hace evidente ese signo de tan alta importancia patológica.

Se sabe que *Zarathustra*, el *superhombre*, es el mismo Nietzsche. Ahora bien, muy difícil es no reconocer en esa teoría del *superhombre*, una forma especial del delirio de grandezas. Se ve, en efecto, á cada instante, paráliticos generales que se creen ricos á millones, que se tienen por Dios, ó super-Dios, ó hijo de Dios, del mismo modo que Nietzsche se considera un *superhombre* por oposición al vil rebaño de *esclavos*. ¿No es un megalómano, hace observar el Dr. Michaut, el que escribe: «En sueños, en mi último sueño de la mañana, me encontraba hoy en un promontorio, más allá del mundo, tenía una balanza y pesaba el mundo», ó bien esto: «¡Oh, alma mía! Te he dado nombres nuevos y juguetes multicolores, te he llamado *destino y circunferencia de las circunferencias y ombligo del tiempo y campana de azul*».

El Dr. Michaut ha, pues, observado, entre la psicología de Nietzsche, cuando escribía *Aurora*, el *Gay Saber* y *Zarathustra*, y la psicología del paráltico general en sus comienzos, un cierto número de analogías. Sin duda, estos pequeños hechos, si no se supiera que Nietzsche murió del terrible mal, serían insuficientes, no ya para crear una presunción, sino para despertar la idea de parálisis general en el espíritu de un alienista de profesión. Hay que decir, sin embargo, que estos mismos hechos, conocido como se conoce el fin de su evolución, constituyen una presunción importante.

De otra parte, les falta, para dar una certeza absoluta, por lo menos, dos elementos: sería necesario que se hubiesen examinado los manuscritos de Nietzsche, porque la escritura podría proporcionar un síntoma de gran valor, y se necesitaría, además, que el mismo Nietzsche hubiese sido examinado por un alienista en los momentos en que escribía *Aurora*. Sin embargo, el Dr. Michaut es muy afirmativo y parafrasea el célebre título: «*Así hablaba Zarathustra*», por «*Así habla un paráltico general*». Declara, además, que el cuadro clínico de esta enfermedad está *completo*.

Y he aquí ahora cuáles son las conclusiones literarias y filosóficas que parece querer sacar de su estudio de patología mental. Ha comenzado por sentar como principio, que «mientras no se haya trazado un cuadro exacto y completo de las ideas que deben ser las de un hombre razonable, será siempre muy delicado juzgar que un escritor de genio está loco porque exprese una idea que no es común», y añade que muy bien podría suceder que Nietzsche constituyese un nuevo ejemplo de loco que profetiza la verdad. Por consiguiente, cuando «Fouillé, por ejemplo, en nombre del sentido común, se niega á admitir con Nietzsche que la moral es un obstáculo para el progreso humano, y que el cristianismo ha sido un vasto error y una inmoralidad bajo pretexto de que las ideas nietzscheanas son de un loco, prejuzga el porvenir que podrá dar la razón al paráltico general... Científicamente, debemos rechazar la pretensión de los críticos, que, juzgando las doctrinas subversivas de la inmoralidad como malsanas, delucen que son obra de un enfermo. Este es un argumento vulgar é indigno de un pensador. Si, en el pueblo de los incultos, se trata de concluir con una discusión que da la victoria al adversario y, agotados los argumentos, se le trata de loco, semejante procedimiento debe quedar en las regiones en que las injurias pasan por razones».

Puesto que no incumbe ni á los filósofos, ni á los críticos dar su opinión sobre el valor de Nietzsche, sino solamente á los médicos, el Dr. Michaut nos da la suya, á la vez, en lo que concierne al filósofo alemán y en lo que respecta á sus admiradores. «En medio de indiscutibles bellezas de estilo, dice, os veréis bruscamente extrañados por ciertas

opiniones brutales, por metáforas chocantes, algunas veces absurdas y de una simplicidad evidente; en fin, por comparaciones apocalípticas, antinaturales, verdaderamente locas»: la obra de Nietzsche es una «serie de parábolas grotescas, de tontologías locas».

El Dr. Michaut aplica á Nietzsche la frase de Chamfort: «La mayor parte de los que hacen ingeniosas frases se parecen á los que comen cerezas ú ostras, eligen primero las mejores y concluyen por comerlo todo.» Y añade: «Nietzsche ni siquiera elige: lo pone todo en el mismo cesto, y cuando está lleno hace un libro.» «La poquedad de las poesías de Nietzsche, dice, además, Michaut, es característica», y cita los célebres versos siguientes á título de ejemplo:

Hombre, ten cuidado.
 ¿Qué dice la noche profunda?
 ¡He dormido, he dormido!
 De un profundo sueño me he despertado;
 El mundo es profundo,
 Y más profundo de lo que piensa de día.
 ¡Profundo es su dolor!
 La alegría más profunda que la pena.
 El dolor dice: ¡Pasa y concluye!
 Pero sola ¿qué quiere la Eternidad,
 Qué quiere la profunda Eternidad?

Si Nietzsche no es digno de interés, bien dignos de compasión son sus admiradores... El Dr. Michaut los confunde con los *novelistas rusos*, los *simbolistas*, los *socialistas* y los *antisemitistas*, etc., etc., en una misma ensalada de degenerados y locos.

Es de lamentar que el Dr. Michaut no haya enumerado las gentes de espíritu sano que actualmente se puedan encontrar en Francia. A creerlo, tal lista no hubiera sido larga, y hubiéramos sin duda tenido el placer de ver figurar en ella en primera línea á esos médicos alienistas que quieren quitar á los críticos literarios el derecho de hacer crítica literaria, para reservar el monopolio de ella á los eruditos de la patología mental.

Sea como fuere, el Dr. Michaut puede haber demostrado que Nietzsche era paralítico general cuando escribía *Aurora*, pero no ha probado ciertamente que sea imposible á un paralítico general el decir verdades. Por consiguiente, no ha aportado hechos que permitan afirmar que Nietzsche sea ó no interesante, que tenga ó no genio.

P. E. Morhardt.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Producción de altas temperaturas: la nueva ciencia alúmimo-térmica: inmediatas consecuencias sociales.—Contra las ratas.—El electromagnetismo en el crecimiento y desarrollo general de los animales.—Ellis Reclús, abogado de los indígenas de Australia

El Dr. Hans Goldsmidt, de Essen, ha descubierto un producto, que ha denominado *thermita*, capaz de producir instantáneamente, por ignición, una temperatura igual á las más altas registradas hasta nuestros días.

Este maravilloso producto se obtiene por la combinación en ciertas proporciones de dos de los elementos más comunes en nuestro planeta: el oxígeno, bajo la forma de óxidos, y el aluminio, el metal existente en la arcilla y otras sustancias de la corteza terrestre en forma de silicato de aluminio.

Cuando se combinan y se inflaman estas dos substancias, se desarrolla instantáneamente una temperatura enorme, igual y quizá superior á la producida por el arco eléctrico. Es posible que los trabajos para su mayor y mejor utilización den lugar á la creación de una nueva rama de la ciencia: la alumino-térmica.

Siendo conocidas las propiedades seductoras del aluminio hace ya cincuenta años, los químicos no han notado su característica más esencial hasta que el inventor alemán ha ideado la mezcla *thermita*, que, una vez encendida en un solo punto, continuará consumiéndose sin aplicación del menor origen de calor externo.

He aquí algunos interesantes detalles acerca de la nueva composición: un crisol que contenga una masa de *thermita* en combustión con un calor capaz de producir artificialmente el diamante, puede tenerse tranquilamente en la mano, como sucede con el aire líquido, que es el extremo opuesto respecto del frío.

La *thermita* empleada hasta ahora es un polvo granuloso, gris-negruzco, parecido á la pólvora de mina. Cuando se desea obtener hierro fundido, sea para el hierro mismo, sea para soldar, se pone en un crisol de magnesia aluminio en polvo y óxido de hierro, que se enciende en seguida echando en un punto un poco de peróxido de bario, sobre el cual se pone una mecha, que se enciende inmediatamente, produciéndose una reacción por la que el oxígeno contenido en el óxido de hierro se combina con el aluminio, formando óxido de aluminio, en tanto que el óxido férrico corre al fondo en estado puro, en virtud de ser más pesado que la espuma de aluminio que de él se separa.

La reacción que produce tan notable resultado se opera en menos de un minuto, cualquiera que sea la cantidad de *thermita* empleada. El resultado del nuevo procedimiento consiste en desarrollar con toda seguridad un calor enorme, en oposición á los antiguos procedimientos por el método de la combustión externa, que producía frecuentemente explosiones violentas.

La misión de la *thermita* comienza donde acaba la de la forja ordinaria; no se le empleará probablemente para pequeñas piezas de hierro ó de acero, sino para soldar grandes piezas que hayan de ser resoldadas después de ruptura, en la maquinaria de los barcos, por ejemplo.

He ahí un descubrimiento más de utilidad general para las generaciones futuras; en la actualidad excluirá de sus beneficios y aun se convertirá en perjuicio grave para los trabajadores que por su aplicación queden excedentes, que tal es el resultado inmediato de los inventos industriales, dado el actual monopolio capitalista de los medios de producción.

* *

En vista del peligro de propagación de la peste ú otras epidemias por medio de las ratas que anidan en los vapores que vienen de los puertos orientales, el Instituto Pasteur ha fijado su atención, y el Dr. Danysz ha descubierto que las ratas están sujetas á una enfermedad especial y exclusiva para ellas, y, descubierto su microbio característico, bastará suministrar á esos roedores un alimento impregnado en un caldo de cultivo de esos microbios para que en pocos días mueran todos.

Ensayado el descubrimiento en la Bolsa y en el alcantarillado de París, ha tenido un éxito completo.

* *

El profesor inglés W.-J. Headman ha obtenido resultados extraordinarios en sus experimentos acerca de la influencia electromagnética sobre el crecimiento y el desarrollo general de los animales.

Se sirve de un aparato muy ingenioso, que coloca por completo el cuerpo del sujeto, sea una cobaya ó un hombre, en un campo de acción magnética creada por una corriente eléctrica alterna. Comenzó por estudiar sus efectos sobre dos crías de cobayas sometidas á igual alimento, una encerrada en una jaula ordinaria, la otra en una jaula especial que permitía el paso de una corriente alterna de cinco amperes durante seis horas diarias. Al cabo de una semana las últimas excedían á las primeras en un 18 á 24 por 100 de gordura y de peso, siguiendo el mismo progreso durante varias semanas siguientes sin el menor perjuicio para su salud.

Hizo después el experimento con tres hombres, dos estudiantes de Medicina de diez y nueve y veinte años, de constitución sana y robusta, y otro de treinta y ocho años. Los estudiantes, después de un período de tratamiento con dos horas diarias, dieron este resultado: el primero, un aumento de estatura de 75 milímetros y de 12 kilogramos de peso; el segundo, 25 milímetros y 12 kilogramos; el tercero, afecto de parálisis aguda, notó gran alivio.

* * *

Elias Reclus, muerto recientemente, era, no sólo un sabio en la verdadera acepción de la palabra, sino también un escritor de talento, un estilista de los que no abundan entre los escritores científicos. Como muestra, tomo el pasaje siguiente de su hermoso libro *Le Primitif d'Australie*, en que vindica elocuentemente al indígena de la gran isla que desaparece rápidamente, sacrificado por la *civilización* (?) blanca. Hay escritores ingleses que, para excusar esa desaparición asegurada en breve plazo, dicen que no tiene de humano más que la forma, y que es menos susceptible de comprender una noción abstracta que cualquiera de nuestros animales domésticos.

«En todo lugar el hombre se parece al hombre. Empleamos, por supuesto, la paradoja para poner de relieve las particularidades del carácter del indígena.

Por bravo y atrevido que sea durante el día y delante de todo mortal, por la noche los aparecidos le inspiran un terror miserable. Es valiente duelista, guerrero intrépido, amigo sincero, cortes con sus iguales, cruel a veces, antropófago con frecuencia y por motivos múltiples, que pueden clasificarse así: piedad, etiqueta marcial, hambre, vanidad, glotonería. Tiene astucias cándidas, es crédulo y, no obstante, es observador penetrante; su actividad oscila entre la constancia y la versatilidad; su juicio va de la bobbería infantil a los relámpagos de un instinto profundo; ama a los de su tribu tanto como detesta a los de las tribus vecinas; pero tiene a gala ser un adversario leal. Unos individuos declararon la guerra a los ingleses, enviándoles lanzas y rompecabezas; proponían un duelo a armas iguales. ¡Cándidos!...»

Cándidos porque son humanos.

Carrida del Marmel.

EL MODORRO

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol entraba allí de contrabando; se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en mazarabes azulejos; y luego, como si le asustaran la humedad y la pobreza del recinto, deshacía en polvo de oro y volvía a la calle, tejiendo, desde las baldosas a la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro apenas si llegaba la luz. La vidriera verdosa de un ventanillo entrecruzado por anchas líneas de hojadelata, mejor era estorbo que paso de la claridad. Con la puerta ocurría lo mismo. La sala se abocetaba confusamente entre melancólicas sombras que permitían entrever paredes desnudas, afeitadas con yeso, cuatro ó cinco sillas, una mesa y el arranque del techo, envigado con maderones color de chocolate. El fondo resultaba francamente invisible. Adivinábanse en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, en lugar de abrirse ante los pies, se abría ante los ojos.

En una de las sillas estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de costurones, extendíanse las blancuras mate de la escrófula; sobre su pelo, de un rubio matz, brillaban las canas como limaduras de plomo; su boca servía de reducto a una guerrilla de careados dientes; encima de su cuerpo resaca un justillo y pingajaba una falda. Al vernos se levantó para coger a un chiquillo, que se revolcaba sobre las baldosas soleadas, remedando un amor de Rubens. El corpiño se abrió ofreciendo salida a un pecho rugoso, donde el niño hizo presa, mientras la madre murmuraba: «*Asiéntense en uslés. Ahora mesmo vendrá.*»

En las impenetrables tinieblas del fondo escuchose un ruido, semejante al que producen los grandes reptiles cuando se arrastran por las rocas. El ruido iba acompañado con jadeos de bestia herida. Aquello, fuera lo que fuera, avanzaba hacia nosotros entre la obscuridad. Al llegar aquello donde esta comenzaba a transparentarse, distinguimos una masa negra que buceaba entre las sombras. La masa ambulante se contorneó poco después, dibujando una cabeza livida, agarrada a un cuello muy largo, un corpachón que producía al deslizarse contra el suelo restregones lijosos y cuatro remos encogidos que oscilaban torpísimamente para caminar. Envuelto y mal acusado por las sombras, parecía un sapo gigantesco. Al fin salió de ellas; el sol le ceduló descaradamente. Era un hombre.

¡Miserable imagen la que nos miraba con sus ojos sin brillo y nos sonreía con su boca sin dientes! La carne, rebujada en un chaquetón y unos pantalones, no debía ser carne, sino una gelatina de hombre. Tan continuo, tan acentuado, tan oscilante era su temblor, que no podía tener músculos que la afianzaran, ni huesos que la fortalecieran, ni medula que la sirviera de puntal. Pasta, hecha con linfa y sangre y filamentos nerviosos machacados, era indudablemente aquel tronco informe y convulso; como eran, no extremidades humanas, manojos de fibras retorcidas, sujetas las unas a las otras por insegura trabazón, los remos que se apoyaban en la tierra con bailoteo tragico; como era descoyuntado maniquí la cabeza de greñas flotantes y horrible gesticulación que trazaba semicírculos sobre el cuello papiloso acorazado con escamas rojizas.

Nunca vi criatura racional á esta comparable, imagen humana tan siniestra. Ni los desarticulados que entretienen en el circo a los públicos establecerían con ella pugilato. Ellos horrorizan, espantan, producen escalofríos de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volverse reptiles hombres. Pero cuando su faena termina, el reptil desaparece, el hombre torna á ser amo de sus músculos y, apoyándose en sus puntales óseos, yergue victoriosamente la medula y salud a público, que aplaude con entusiasmo, más que su labor, su reingreso en la humanidad.

El otro no, el otro no puede mandar á sus músculos como dueño, ni afianzarse á placer en los puntales de sus huesos, ni erguir voluntariamente su medula. Está condenado a arrastrarse contra la tierra, hasta que la tierra se entreabra compasivamente para ofrecerle sepultura. Es hombre-reptil de por vida.

Y si este hombre-reptil fuera producto de un error cometido por la Naturaleza en su taller de criaturas, aún podría mirársele con la angustia que produce el sufrir del prójimo, pero con la resignación que acompaña á lo inevitable. El espectáculo ofrecido por el hombre reptil que se arrastraba frente á mis ojos, si producía angustia, no producía resignación; producía indignada cólera, porque su desdicha pudo tener remedio; porque aquel hombre no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas, era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos.

Aquel hombre era una víctima de la mina, un contribuyente del mercurio que platea los criaderos de Almadén. La miseria, las urgencias del mendrugo diario le empujaron hacia el pozo y le metieron en la jaula y le desembarcaron en la galería, enfrentándole con la veta de azogue y poniéndole una piqueta á un barreno en las manos.

Cuando bajó á la mina por primera vez era un individuo fuerte y ágil. Sus carnes, vivificadas por el sol, fortalecidas por el aire libre de los campos, tenían resistencia y salud; sus músculos se remarcaban enérgicamente bajo la piel; sus huesos crujían con poderoso crujimiento en el engrase de las articulaciones; su medula se erguía recta y firme para sostener una cabeza varonil, donde brillaban los ojos con el resplandor de la juventud y sonreía la boca enseñando la dentadura.

Cuando salió por última vez de la mina, era un frasco de mercurio más, un cacho de mineral vivo, útil aún para producir ganancias á sus explotadores, si éstos no vacilaban en entregarle á una prensa destiladora. Salud, energía, músculos potentes, osamenta sólida, medula pronta á erguirse con arrogancia varonil, todo fué deshecho por la mina. El mercurio, penetrando en los pulmones del minero con el aire y en su sangre con el sudor, fué apoderándose poco á poco de él, destruyéndolo, agelatinándolo, convirtiéndolo en masa informe y temblorosa, en sapo del azogue, hasta que un día, terminada su labor destructora y satisfecho de ella en absoluto, le dejó caer sobre la jaula y devolvió á la superficie de la tierra el desperdicio humano que se acercaba hacia nosotros arrastrándose como un reptil y jadeando como una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos bailones sobre una de

las sillas; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban epilépticamente también; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo y mirándonos cara á cara, nos dijo con voz tartamuda:

—Los señores quieren saber mi vida. Organla y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla, humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al latigazo y á la argolla.

El habla; no precisan acotaciones para esta relación.

—Hace treinta años—decía aquella cara que pensaba y hablaba—hace treinta años—tenía yo diez y ocho—bajé por primera vez á la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales—no puede uno hacer más sin morirse pronto—hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba fuerte *pa* pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó á temblar con este temblor condenaó; á ponerse modorro—así se nos llama—. Pero ¡qué remedio! había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar ó no comer. Un día el temblor aumentó; y mis jefes, viendo que me era imposible bajar *toos* los meses, vamos, un mes y otro y otro, me pusieron alterno. Alterno es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del *too*, porque no estaba *pa* bajar. El mercurio se hizo el amo de mi *presona* y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tiritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fui á andar y se me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Creí que se trataba de un resbalón; hice por levantarme apoyándome en las dos manos. ¡Que si quieres! No podía levantarme ya; no podría ponerme derecho *en jamás*: el azogue me había *tumbao, tumbao pa siempre!*... Entonces el señor *director* me señaló el retiro; una pesetilla diaria; lo que le toca á uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos!, los que he hecho yo *donde* los diez y seis años hasta los treinta y seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, á bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia y aquí estoy *pa* lo que *ustés* gusten de mandarme; y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años, miles de frascos de mercurio, que el Estado vende á 300 pesetas cada uno, trató de incorporarse y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agónica derribada por el cazador...

Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto á sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando y deavaneciéndose por ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebreces del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra los ladrillos enjoyecidos por el sol, restregaba en ellos sus desnudeces de ángel rubenesco, aguardando que le tocase la hora de bajar á la mina.

Joaquín Dicenta.

Los indígenas de Nueva Caledonia.

II

Desde un número desconocido de siglos, los melanesianos poblaban la Nueva Caledonia, á donde habían venido, quizá, de Australia, á pesar de las 360 leguas de mar que separan ambas tierras, cuando llegaron los polinesianos.

Estos venían de la isla Ouvea, una de las dos que componen el grupo Wallis al Oriente. Casados por guerra y carestía, partieron en sus piraguas, bajo el mando del jefe Ouangéufi, y lograron desembarcar en la más septentrional de las Loyalty, á unas treinta millas al Nordeste de la costa neocaldoniense. A esta isla dieron el nombre de su patria de origen: Ouvea.

Esta segunda Ouvea estaba entonces ocupada por el elemento melanesiano, que tenía un jefe nombrado, Nekara. Luchas sangrientas empezaron entre las dos poblaciones; luego se hizo una fusión. Los polinesianos, por su superioridad intelectual, acabaron por dominar, y los descendientes de Ouanéguéi vinieron á ser los grandes jefes de la isla.

De Ouvea, donde quizá se les juntaron otras emigraciones, se establecieron en la gran tierra neocaledoniense, principalmente en la costa oriental, que está frente á las Loyalty. A través de las guerras continuas, se prosiguió la obra de fusión, y por esta razón se ven en esta costa muchos tipos, más ó menos polinesianos, más que en la costa Oeste. Además, en ésta la colonización y la insurrección de 1878 han destruído muchísimas tribus canacas.

La superioridad intelectual de los polinesianos hizo que pronto pasaran por «poseer los espíritus», es decir, conocer sortilegios y encantamientos que les aseguraban la victoria. Ouvea vino á ser el país de la hechicería, y sus grandes jefes, descendientes de Ouanéguéi, encantadores terribles, que en las leyendas neocaledonienses jugaron un papel análogo á las del célebre encantador Merlín en las novelas caballerescas del siglo de la Tabla Redonda.

Son casi todas desconocidas las leyendas caledonienses, salvo de los misioneros, que celosamente conservan para ellos sus conocimientos. Muchas son hermosas, patéticas, con fiereza, sentimiento de la Natura y tal vez verdadero espíritu de observación.

He aquí una que se refiere á los encantamientos de Ouvea:

En las márgenes del río Pionaka habitaba un gran jefe, poderoso y temido, llamado Pahouman. Este, un día, paseándose con uno de sus guerreros, arrancó algunas cañas de azúcar y dijo á sus hombres, mostrándoles un grueso *banian* con espeso follaje:

—Subamos á este para comer nuestras cañas.

Así lo hicieron, y estaban sentados en las ramas comiendo, ó más exactamente, masticando y chupando, cuando pasó por bajo las ramas del *banian*, sin ver á los sentados, un jefe de pequeña importancia, llamado Apitéhéguène.

Entonces Pahouman, por desprecio, dejó caer en el turbante del paseante un pedazo de caña masticado.

Apitéhéguène, sin apercibirse de nada, continuó andando y solamente en su casa, cuando se quitó el turbante (hecho con corteza de árbol macerado en el agua y batido), vió... el cuerpo del delito.

Quedó indignado, estupefacto, y se preguntó: «¿Quién me ha hecho este insulto?» Pero no pudo hallarlo. Finalmente se durmió; mas, después de un dormir agitado, tuvo un sueño en el que veía á todos los guerreros de Pahouman montados en las ramas de un *banian* y amenazándole con cañas de azúcar.

Entonces se dijo despertándose: «Tengo al que me ha insultado.» E inmediatamente pensó en hacer la guerra á Pahouman.

Sus guerreros eran muy pocos en comparación con los del gran jefe. Por esto pensó en pedir la ayuda de los espíritus. ¡Qué no harían los cristianos que hacen votos al padre eterno, la virgen y todos los santos!

Secretamente, Apitéhéguène partió en una pequeña piragua, con dos hombres, á Ouvea, donde se presentó al gran jefe Ouanéguéi.

—¿Qué quieres?—le preguntó éste.

—Socorro contra los que me ultrajaron—contestó Apitéhéguène, que contó su historia.

Ouanéguéi, aunque canaco, tenía formal respeto á la etiqueta. Contestó:

—Has venido á verme con una piragua demasiado pequeña, y por tal motivo hoy no te daré mucho. Pero toma ésto, y guerrea.

Y entregó á Apitéhéguène un talismán: una pequeña escultura de leña, representando dos hojas entrelazadas.

Apitéhéguène volvió á su tribu con el talismán, y reunió á los viejos (porque, aunque absolutos en principio, los jefes canacos convocaban, cuando les gustaba, una especie de senado, formado por los viejos). Y éstos decidieron que, merced al socorro del jefe encantador, se podía hacer la guerra á Pahouman.

Sin embargo, éste había tenido conocimiento del viaje de Apitéhéguène; maliciaba algo, y estaba aguardando. De modo que Apitéhéguène no pudo sorprenderle.

Pero los guerreros del jefecito estaban tan entusiasmados por el talismán, que tuvieron una victoria completa, á pesar de su inferioridad numérica.

Pahouman, vencido, dejó quemar su aldea, porque no podía hacer otra cosa, y pronto estuvo á llamar á los guerreros de las tribus establecidas á lo largo de la Piouaka, y que estaban bajo su dominación. Con estas fuerzas volvió á presentar batalla á su rival, y le derrotó completamente.

Entonces el glorioso dijo á sus guerreros, mostrándoles los de Apitéhéguène caídos en la lucha:

—¡Comámoslos, y mañana iremos á matar y comer á los otros!

—¡Sí! — contestaron sus guerreros. — ¡Los comeremos todos!

Apitéhéguène, derrotado, había vuelto á su aldea, y sentado en su casa reflexionaba. Sus reflexiones eran muy tristes, porque conocía que siendo un pequeño jefe no podía realizarse de una derrota, como lo hizo Pahouman. Finalmente, tuvo una idea, y llamó á uno de sus guerreros, diciéndole:

—Vas á Amoa, en la montaña, á informar á los hombres de esta tribu que les cito á todos para esta noche.

Y el mensajero salió.

Seguía éste á lo largo de la Piouaka. Pero antes de llegar á Amoa se quedó dormido de una manera magnética. Tuvo un sueño en que veía y oía á un guijarro que le decía:

—Vengo de Ouvea, vengo á guerrear; se necesita que tú me tomes.

En este momento el mensajero se despertó, y habiendo mirado al río, exclamó:

—¡Oh qué es esto! ¡Un pescado!

Entonces se atavió, es decir, se untó con una negra resina de ciertos árboles, sujetó sus cordones de piel de bouli (murciélago de Nueva Caledonia), ornados de conchitas, y blandiendo sus lanzas de leño, danzó delante del pescado dando gritos de guerra, como si fuera ante un adversario temible.

Luego arrancó un pedazo de corteza á un árbol, y arrodillándose al borde del río, tendió la mano, envuelta con la corteza, y cerró los ojos, barboteando algo en voz baja. Se dice que evocaba las almas de los muertos.

(¡Lo que prueba que los salvajes no son más inteligentes que los civilizados!)

Entonces, habiéndose adelantado el pescado, el guijarro salió de su boca y vino á posarse en la mano envuelta del mensajero.

El, que no era digno de tocar el guijarro con su mano profana, pronto cubrió el talismán con la corteza, y abandonando su viaje á Amoa, volvió con toda velocidad á hallar á Apitéhéguène.

Aquella misma noche, el gran jefe hechicero de Ouvea, Ouanéguéi, había lanzado al mar el guijarro sagrado, el guijarro de guerra que asegura la victoria. El guijarro había atravesado el Océano, entrado en la embocadura de la Piouaka, remontado el río y penetrado en la boca del pescado, que lo condujo hasta el mensajero.

—¿Pues? — gritó Apitéhéguène á su guerrero cuando le vió volver—. ¿Y los de Amoa?

—Os ha venido socorro desde Ouvea — contestó el hombre.

(Los canacos no tutean á sus jefes, sino emplean la segunda persona plural, diciendo: «Vos, amo.»)

—¡Olééé! — exclamó Apitéhéguène (es un grito de intensa alegría). Y habiendo acudido todos sus guerreros, les dijo:

—El guijarro de guerra ha llegado.

Y una inmensa aclamación le contestó.

Pero si la posesión del guijarro sagrado aseguraba la victoria, se necesitaba tocarlo, y para tocarlo toda una preparación que solamente podía hacerse de noche.

Apitéhéguène había prohibido, so pena de muerte, hablar de la llegada del guijarro. Pero un traidor fué á informar á Pahouman, que avanzaba con todas sus fuerzas hacia la tribu de Apitéhéguène.

Sospecho que Pahouman estaba algo imbuído de ideas librepensadoras, porque no le intimidó esta información; pero sus guerreros y hechiceros se aterrorizaron y se detuvieron.

En vano este jefe intentó reanimarlos diciendo:

—Nosotros también tenemos leño del que se hacen las lanzas y guijarros de guerra.

—Sí— contestaron los hechiceros—, pero no de Ouvea, y sabéis que los encantamientos de Ouvea son siempre victoriosos. ¡Huyamos! Quizá será demasiado tarde.

Pahouman, indignado y furioso, murmuró:

—Estos cobardes van á hacerme perder.

Pero habiendo aguardado á sus guerreros y visto á todos desalentados, creyó prudente retirarse.

La noche siguiente tuvo lugar la ceremonia del guijarro de guerra. Apitéhéguène había pasado el día en preparación, en su casa, rogando á los espíritus. Por la noche, sus hechiceros se presentaron delante de él, en presencia de todos los guerreros, y el más viejo de los hechiceros, sacando el talismán de una cesta de mimbres ornada de conchitas, le dijo:

—Amo, tocad este guijarro, y seréis victorioso.

Apitéhéguène tocó humildemente el guijarro, y en el mismo momento sus guerreros dieron un grito de «¡Ouhl!», que se oyó muy lejos, y llegó hasta los de Pahouman.

También Apitéhéguène daba gritos extraños de: «¡Aouhl ¡Ti, ti, ti, til!», cerrando los ojos y volviendo la cabeza de izquierda á derecha y de derecha á izquierda á cada «¡til!», proferido en un tono siniestro.

¡Locura y momerías no son el monopolio de la santísima religión cristiana, católica, apostólica y romana!

Luego, Apitéhéguène, á la cabeza de sus guerreros, entusiasmados hasta el delirio, se marchó contra Pahouman.

Éste, á pesar de las intimidaciones y predicciones de sus hechiceros, había logrado decidir á los suyos á esperar á pie firme el choque de sus enemigos.

—¡Cómo— decía él —, somos numerosos como los granos de arena del mar—(su tropa cubría una extensión de 800 metros) —, y seríamos derrotados por un puñado de hombres! Es imposible.

Sin embargo, cuando Apitéhéguène, seguido de sus guerreros, se adelantó clamando: —¡A mí los que tienen miedo! ¡A mí los que ha vencido el guijarro de guerra!, no pudieron los esfuerzos de Pahouman impedir que, después de unos minutos de combate, huyese, vencido, su ejército.

Pahouman, reuniendo sus guerreros, se detuvo un momento en la cima de una montaña, miró el país que habían dejado, y dijo:

—¡Coman nuestros hermanos!

Y nunca más fueron vistos; la leyenda dice que fundaron tribus en la cuesta Oeste.

Apitéhéguène, entonces, apoderado del territorio de su enemigo, vino á ser un gran jefe temido. Pero él también tenía que probar vicisitudes.

C. Malote.

Una nueva teoría de la vida.

Sabemos ya, desde hace muchísimo tiempo, que un hombre, un perro, una encina, están constituidos por un número infinitamente grande de pequeñas porciones de substancia gelatinosa, provistas de un núcleo y á veces de una membrana envolvente.

Esas pequeñas porciones de substancia se denominan frecuentemente *células*, porque al principio se las observó tan sólo en la pared de los tejidos vegetales, sin observar su contenido. Sería mucho mejor llamarlas *plástidas*, porque la palabra célula se aplica mal á los elementos atómicos de los animales.

Sabemos también que las pequeñas porciones de substancia gelatinosa provistas de núcleo, las plástidas nucleoladas, pueden existir aisladamente y manifestarse aisladamente de los fenómenos que llamamos vitales, pero que no son comparables en complejidad á los que manifiesta un hombre.

Se les llamará seres unicelulares ó monoplástidos; tales son los protozoarios y los protofitos.

La vida de un hombre es la resultante de las actividades sinérgicas de millares de plástidas, así como la actividad de una plástida es la resultante de la reacción de millares de átomos. El error antropomórfico consiste en no establecer esta distinción entre fenómenos de una complejidad tan diferente; y proviene, naturalmente, del abuso que se realiza al llamar por igual «vida» á la actividad del hombre y á la de la plástida. El hombre es, por lo menos, tan complejo respecto de la plástida, como la plástida misma lo es en relación de los átomos que la constituyen. Únicamente sabemos mucho mejor cómo el hombre está constituido por medio de plástidas, que sabemos actualmente cómo la plástida está constituida por medio de átomos.

Pero lo que interesa observar, ante todo, es que la actividad del hombre resulta, no sólo de todas las actividades elementales de sus plástidas, sino más bien de la coordinación de esas mismas actividades elementales. Si la actividad de una plástida puede, quizá, considerarse como el resultado directo de diversas reacciones de una pequeña masa de ciertas substancias químicas en presencia de otras substancias apropiadas, la actividad del hombre debe considerarse como el resultado del funcionamiento de una máquina extremadamente complicada, en la que las reacciones de las substancias químicas en cuestión intervienen como motores.

Es, pues, absolutamente necesario emplear expresiones diferentes para designar la actividad de una plástida y la actividad de un ser compuesto de un gran número de plástidas coordinadas y diferenciadas, es decir, de un protozooario y de un metazoario. Estamos demasiado acostumbrados á aplicar la palabra vida al hombre y á los animales superiores, para pensar en reemplazarla con otra. Es, pues, necesario, para las plástidas emplear una nueva palabra; yo he propuesto llamar á esa vida «vida elemental», á la vida de las plástidas, aunque esta expresión tiene el inconveniente de recordar demasiado la que se emplea para indicar la actividad de los seres superiores.

Así diremos que la «vida de un hombre», la «vida de un perro», la «vida de un pulpo» son los resultados de la coordinación de millares de «vidas elementales»; y no nos sorprenderemos al saber que un perro puede ser privado de «vida», mientras la «vida elemental» de sus plástidas continúa, y tampoco se nos ocurrirá buscar en una plástida provista de «vida elemental», las manifestaciones complejas que observamos en los seres superiores provistos de «vida».

Será lógico, así, proponernos desde luego el estudio de la «vida elemental» y buscar una definición precisa antes de abordar la vida de los seres superiores; tal es la marcha que seguiré en mis trabajos, pero es necesario, sin embargo, que insista sobre una consecuencia particularmente generadora del error antropomórfico, y á la que más arriba he hecho una ligera alusión.

Hay que distinguir entre la vida elemental (seres monoplástidos) y la vida (seres poli-plástidos).

Todos los fenómenos de la vida elemental manifestados son fenómenos químicos, comúnmente acompañados de fenómenos físicos (movimiento, etc.) La vida elemental es la propiedad, para un cuerpo, de una plástida.

Una plástida es un cuerpo de dimensiones limitadas, y, como tal, existe en un medio determinado, en el que todos los elementos esenciales de ese cuerpo (substancias plásticas) son objeto de reacciones químicas complejas, cuyo resultado es el aumento en cantidad de esos elementos esenciales. Este fenómeno característico, resultado de esas reacciones en un medio especialísimo, es la asimilación. El conjunto de esas reacciones en la vida elemental manifestada; y el medio correspondiente realiza la condición número uno (medio de la vida elemental manifestada, líquido Raulin).

La plástida es de dimensiones limitadas, aumenta por la condición número uno y luego se divide (multiplicación de las plástidas).

En cualquier otro medio químicamente activo, las substancias plásticas se destruyen sin ser reemplazadas por substancias parecidas (condición número dos, destrucción dirigida á la muerte elemental, si dura bastante tiempo: inanición, venenos).

Finalmente, la plástida puede estar en reposo químico, casi absoluto (condición número tres: vida elemental latente), lo que no es, en realidad, sino un caso particular de la condición número dos: la destrucción plástica extremadamente latente.

Una plástida pierde la vida elemental si se le quita una de sus sustancias esenciales (merotomía); entonces se halla en la condición número dos, aunque en el medio, para que la plástida complete la misma especie, realice la condición número uno. Una plástida privada de su núcleo se destruye fatalmente.

La muerte elemental no es, pues, una consecuencia de la vida elemental manifestada; hay, por lo contrario, incompatibilidad entre estos dos fenómenos. El primero se produce exclusivamente bajo la condición número dos, el segundo bajo la condición número uno. Solamente, en el medio limitado, ocurre con frecuencia que la vida elemental manifestada, prolongada ya mucho tiempo, modifique la condición número uno (destrucción de las sustancias y acumulación de sustancias R), hasta el punto de transformarle en la condición número dos para la misma especie. Solamente de esta manera indirecta es como la muerte elemental puede ser una consecuencia de la vida elemental manifestada.

Comúnmente, la condición número dos, así realizada, no destruye todas las sustancias plásticas de la plástida A, porque en el curso de su destrucción aquéllas forman otra plástida A, para la cual la condición número dos de A viene á ser una condición número uno. Se ha verificado una transformación de especie (adaptación al medio).

La forma específica de una plástida es correlativa á su composición química en un medio determinado; si el medio se modifica (medio cerrado), la forma cambia también (evolución de un esporozooario en una célula receptora).

La limitación de los medios engendra la competencia vital ó lucha por la existencia. La adaptación al medio produce las especies nuevas de plástidas; las sustancias R de esas especies nuevas permiten algunas veces clasificarlas en grandes grupos naturales (celulosas, vegetales, artrópodos, etc.)

Cuando una de esas sustancias R aglutina las diferentes plástidas que proceden de la división de una misma plástida, constituye aglomeraciones (metazoarios, metafitos).

El conjunto de las manifestaciones de la actividad de esa aglomeración, constituye los fenómenos de la vida de aglomeración.

Se da el nombre de órganos á las diferentes partes de la aglomeración; la actividad resultante para un órgano de la vida elemental manifestada en sus elementos constitutivos, es lo que se llama el funcionamiento del órgano. El funcionamiento está acompañado, pues, de la asimilación (asimilación funcional).

La individualidad puede definirse por el medio interior ó por la continuidad nerviosa; pero hay correlación entre las dos individualidades así definidas: la destrucción de la una entraña la de la otra. La individualidad definida por la continuidad nerviosa es paralela á la individualidad psicológica.

La asimilación funcional determina una coordinación muy notable de las actividades de las diversas partes del adulto que construye aquélla. El metazoario es un resultado de las propiedades de su huevo y de todo lo que ha contribuido al curso de su existencia.

La destrucción de la coordinación es la muerte, muerte que puede acacer sin que ningún elemento anatómico esté herido de muerte elemental; pero la muerte elemental de los elementos acaba generalmente después de la muerte, y como consecuencia de los trastornos que resultan de ella.

La muerte es una consecuencia fatal de la vida, mientras que la muerte elemental no es al menos en el mundo una consecuencia de la vida elemental manifestada.

La vida comienza en el huevo fecundado. Y se da el nombre de vida á todo cuanto ocurre desde la fecundación á la muerte.

La vida psíquica es un epifenómeno de la vida fisiológica; la individualidad psíquica es el resultado del epifenómeno que acompaña á la memoria: cesa con la vida fisiológica.

Con frecuencia se objeta sobre la posibilidad de otros hechos que aquellos que nuestros sentidos pueden manifestarnos; su existencia está probada por los descubrimientos que han permitido las adiciones hechas á nuestros sentidos mediante ciertos instrumentos, el microscopio, por ejemplo. No podemos establecer leyes, sino para lo que hiere nuestros sentidos, para los fenómenos, así no debemos hablar sino de lo que observamos. Las ciencias naturales son ciencias de observación.

Pero, en fin, lo que hiere nuestros sentidos durante la observación de los seres vivientes no está fuera de las leyes naturales establecidas para los cuerpos brutos (química y física).

Félix Le Dantec.

LA ENTREVISTA

—No—dijo Anselmo—, yo no creo en la persistencia de la personalidad. Ignoro cuáles serán las transformaciones que sufrirá nuestro yo después de la muerte, pero ¿cómo queréis que permanezca idéntico á sí mismo, cuando las células que le constituyen se disocian?

—Pero—replicó Nalle—, si no queda nada idéntico en él, no existirá.

—Perfectamente, es lo que quiero decir—dijo Anselmo—, y las transformaciones de nuestro ser comienzan por el aniquilamiento de este yo que nos es tan querido.

—Tú no eres creyente, Anselmo—, dijo Claudio.

—Es verdad—contestó Anselmo—, si entiendes por eso que no tengo ninguna religión, que rechazo todos los dogmas confesionales, y que ignoro el horror del deísmo. Pero yo creo que en este asunto los creyentes no me llevan gran ventaja.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Nalle.

—Esto: los seres religiosos, más aún, piadosos, guardan con somnolencia hereditaria, esa fe en la supervivencia y en la inmortalidad del alma. Duermen en un pliegue de su cerebro donde el atavismo la incrustó y, en ciertas circunstancias desgraciadas, despertándola, se convierte para ellos en un lenitivo, en un anestésico de sus disgustos corrientes; nutre con frecuencia una esperanza que produce, sino la ternura, la firmeza. Pero cuando sobreviene en la vida de esos tradicionalistas una de esas crisis terribles de dolor que desequilibran la naturaleza humana, entonces veréis cómo su loca esperanza es arrebatada y destrozada por la tempestad. En los que están acostumbrados en el curso de su existencia á considerarla como la boya suprema, desaparece antes sumergida en el vendaval de su desesperanza. Y puesto que hemos adoptado la costumbre de esclarecer nuestras afirmaciones ideológicas, con ejemplos cuidadosamente escogidos, dejadme apoyar mis palabras con una historia verídica.



A fines del siglo xvii vivía en Montpellier una mujer que gozaba de alguna celebridad en dicha población. Estaba casada con un magistrado bastante conocido, y se llamaba mademoiselle de Lomelas. Tenía, dicha señora, una grande y justificada reputación de inteligente; su entendimiento era extremadamente claro, tenía erudición sin ser pedante, su juicio era seguro y su gusto perfectísimo. Su casa era frecuentada por su conversación encantadora y maliciosa que atraía á la buena sociedad. Se leían poesías, se aguzaban epigramas, sino malignos, picantes, se discutía con calor sobre el genio de Corneille y el de Racine: se admiraba el *Edipo* y *Berenice*, se comparaba *Mitridates* y *Pulqueria*. Era, en fin, un pequeño grupo de preciosas provincianas que se obstinaba en llamar al autor de *Cinna*: Cleócrito el mayor. Era, pues, un ambiente inteligente, culto y cortés, donde se vivía de una manera amable, sometién dose á las reglas del buen tono. No parecía propicio para despertar y nutrir las pasiones, y si se practicaba la galantería, era una galantería insípida y afeja, galantería alegórica que fingía el ardor de los sentidos con una apariencia de violencias y de choque. Cada mujer recibía, sin embargo, en aquellos salones homenajes delicados, tales que las virtuosas podían fácilmente conciliar su virtud con su deseo de adulaciones; así las parejas sentimentales no eran muy raras en casa de la señora de Lomelas.

En cuanto á ella, parecía no inspirar más sentimientos que los permitidos por la costumbre. Era de estatura alta, y bastante fuerte para no andar con pesadez. Su continente era torcido, y no se ponía cómodamente sino cuando hablaba. Entonces se animaba y era casi graciosa, sus gestos armonizaban á este propósito, y aparecía más llena y más noble. En la discusión, su rostro, que era rudo y masculino, se iluminaba. Sus negros ojos brillaban inteligentes, su boca carnosa y graciosa sonreía con malicia y se hacía casi seductora. Cuando se había sido admitido en su intimidad, se gustaba cerca de ella todas esas satisfacciones que procura una amistad inteligente y sabia, y una bondad obsequiosa.

Entre los raros íntimos que podían penetrar á cualquier hora en la casa estaba el presidente del Tribunal de Cuentas, que se llamaba La Grille. Cuando la señora de Lomelas

conoció al presidente La Grille, era ya cuarentón: estaba casado y tenía dos hijos. Era un hombre piadoso, pero no mojigato, era letrado, siendo á la vez jurisconsulto y poeta. Traducía los salmos en verso y componía epístolas muy bien cuidadas. Parlador amable, tenía una réplica tranquila, el pronto rápido, y sin embargo, cuando se hablaba de cosas de amor, se revelaba como un sentimental. Su voz constantemente clara y bien timbrada se dulcificaba, pasaba rozando y hacía una tierna caricia. Se observaba que, cuando Mr. de La Grille daba su opinión en asuntos amorosos, la señora de Lomelas escuchaba con más atención que de ordinario, y que su rostro tomaba entonces esa expresión de dulzura seductora que se le veía únicamente cuando aquél hablaba. Ella miraba al presidente con un ardor singular, y él mismo, cuando se acaloraba en la discusión, no podía por menos de mirarla.

A veces el señor La Grille y la señora de Lomelas no sabían ocultar el extremo placer que experimentaban el uno frente al otro; pero los familiares de la casa eran de tal punto extraños á la verdadera pasión, que ninguno de ellos pensó en preguntarse de qué naturaleza era aquella simpatía que se tributaban aquellos dos seres. Los dos estaban, además, por encima de toda suposición: la fealdad de la señora de Lomelas era una garantía á la que respondía la piedad del señor La Grille, se les tenía á ambos por dos esposos modestos. Pese á las apariencias, se amaban profundamente, y ellos supieron hábilmente ocultar á todos los ojos su amor, sino por hipocresía, al menos para no permitir que la maledicencia manchase su ternura.

Al cabo de diez años que se conocían, la señora de Lomelas murió. El dolor de La Grille, apenas permitió atribuirlo al disgusto de haber perdido una amiga. Se habló mucho, y la retirada absoluta en que se confinó el presidente aumentó las suposiciones; se recordaron los hechos que hubieran podido servir de prueba, pero la conducta de los amantes había sido tan perfecta, que no pudo hallarse sino la apariencia de una. Y fué el mismo señor La Grille el que la dió de una manera trágica.

La muerte de la señora de Lomelas fué para él un golpe terrible. Hasta tal punto, que su espíritu, su corazón y sus sentidos le eran insoportables después de su desaparición. Como era religioso, trató de resistir al dolor, se hizo cargo de que su deber era permanecer cerca de su mujer y de sus hijos, é hizo un llamamiento á todos los recursos de la fe. Fué en vano, sus creencias no le ofrecían gran cosa: la esperanza de encontrar algún día á su amada y unirse á ella fué el premio de mil tormentos. Cuando esa idea, de que él podría volverla á ver, entró en él, le invadió por completo y no tuvo más voluntad que abandonar una vida que se le había hecho odiosa. Combatió así seis meses, sufriendo las torturas más terribles, y un día decidió morir. Una vez que hizo tal resolución, le asaltó una duda, que fué para él una nueva tortura más terrible que todas las que había sufrido hasta entonces. La certeza de volver á ver á su amiga le abandonó, pues perdió la voluntad de vivir y pertenecía ya á la muerte. No tuvo valor para renunciar á su destino, y, sólo un deseo irresistible y abominable se apoderó de su ser: en medio de las angustias de su duda, el deseo intenso, punzante, de volver á ver á la señora de Lomelas le embargó por completo, y comprendió que podía satisfacerlo. No vaciló. La señora de Lomelas estaba enterrada en los capuchinos, La Grille solicitó de ellos la autorización de abrir la caja y obtuvo este favor. Los que fueron testigos de la escena han conservado un tan inolvidable recuerdo que lo han transmitido de un modo vivo á todos los oyentes de esta historia. Cuando fué abierto el féretro de la señora de Lomelas, se vió que la muerta no tenía intacta más que una mano. Todos los asistentes, incluso los frailes, retrocedieron; pero La Grille permaneció insensible al horroroso olor que exhalaba el cadáver. No vió más que aquella mano bella y blanca; se precipitó sobre ella y la besó piadosa y apasionadamente, vertiendo lágrimas, apenas si se le pudo arrancar de aquel espantoso beso.

Cuando fué cerrado el féretro, La Grille dió las gracias á los capuchinos, y les rogó que le enterrasen cuando muriese cerca de la señora de Lomelas. Y asegurado de que así sería, se marchó.

A la mañana siguiente, como no había parecido por su casa, se le buscó por todo Montpellier, y se encontró su cuerpo, por la noche, en un riachuelo cerca de la población. En la visión de su amante, quizá había visto de nuevo la esperanza de verla, ó quizá le había bastado besar una última vez, antes de morir, esa carne precedera, una parte de la cual parecía haber conservado para sus labios.

Bernard Lazare.

Literatura internacional.

Japanese Physical Training (*La educación física de los japoneses*), por H. Irving Hancock.—*El «jujitsu» y los luchadores del Japón.*—Historia de arte teatral, por el doctor Mantsuis.—The seven Golden odes of pagar Arabia. Known also as the moallakat. (*Las siete odas de oro de la Arabia pagana, conocidas también por el Moallakat*), traducción inglesa de Lady Anne Blunt.

Dícese que nos hallamos en una época de crisis para el libro. Vemos, sin embargo, que se publican volúmenes unos tras otros en cantidad exorbitante. Naturalmente, cada día se resiente más la calidad de ellos. Sobre repetirse mil ideas que se han expresado ya, el apresuramiento en razonarlas hace que resulten un mal guiso. Los editores se lamentan de que cada día venden menos... para así poder explotar más cada día a los autores.

Estos, cuando no tienen bastante talento para crear por sí propios, se someten a todos los caprichos editoriales, y como gran recurso para ganarse el pan, se dan a expresar todo el jugo—bueno ó malo—de la actualidad. Es el único medio de dar salida a sus elucubraciones, pues con el incentivo de lo actual se muestra el público indulgente y los lee por curiosidad.

Desde que estalló la malhadada guerra entre Rusia y el Japón, son en número incalculable las obras que ven la luz sobre dichos países. Se relata, más que se estudia, todo lo que á ellos se refiere... y los libros progresivos para la humanidad duermen el sueño del olvido bajo la demoralizante actualidad.

En Londres se ha publicado ahora un libro de Irving Hancock sobre «La educación física de los japoneses».

No se trata de ningún pozo de ciencia, pues á veces incurre el autor en equivocaciones anatómicas y fisiológicas, pero no deja de contener su volumen interesantes indicaciones sobre el país del Sol Levante. Describe Hancock el modo de vivir de los japoneses, dando pormenores acerca de su alimentación y de sus ejercicios. Declara que los súbditos del Mikado son la gente más sana, más fuerte y más feliz del globo. En verdad que la opinión de este señor Hancock no tiene nada de depresiva para los japoneses; mucho exagerar, por el contrario, es ello.

Acreeedores á nuestra europea admiración resultan esos asiáticos por el modo distinto de apreciar el aire de la noche y por la actitud que guardan para con el dios... Alcohol. Son ateos. . en alcoholismo y en teología. Beben *saké*, pero éste es más flaco que el vino benigno del Rin.

Toman también te. No fuman opio y sólo han adoptado últimamente el tabaco como costumbre nacional, aunque con mayor moderación que en los países orientales. Hancock opina que el uso del tabaco hace degenerar las razas; pero la ciencia sólo certifica su nocividad para los organismos en crecimiento.

Se ocupa el autor del alimento que toman diariamente los japoneses, y nos hace saber á los ignorantes de ello que es arroz, pescado y huevos. Poca carne consumen los japoneses, y sus raciones son menores que las nuestras. No se alegren, empero, los vegetarianos, creyendo que lo son los japoneses y que, por tal manera, han alcanzado su proverbial vigor; los japoneses se alimentan, como se ha dicho, de productos animales, cual los huevos y el pescado, de los que no pueden prescindir en su alimentación, que ellos mismos preparan, de suerte que les nutra y no les dificulte la digestión.

..

Y ya que de japoneses nos ocupamos, señalaremos el artículo que M. Philippe Terry ha publicado en la Revista *Idler* sobre el «jujitsu», que el autor considera como una ciencia... de atletismo ignorada de los europeos. ¡Pobres europeos! Nos vamos á encontrar el mejor día rezagados detrás de esos japoneses tan andadores.

¿Qué es el «jujitsu»? Un sistema de defensa sin armas que no carece de complicación. Enseña 303 modos de dejar fuera de combate al contendiente más fornido. Un médico sabio del siglo XVI, llamado Akujama, fué quien inventó el «jujitsu». A continuación traducimos algunos de los pormenores que sobre este arte, más que ciencia, da el Sr. Terry.

«El hombre educado en el «jujitsu» no ha de oponer resistencia á su agresor por medio de un contraesfuerzo sostenido, como hace el boxeador. Su táctica ha de consistir en una vigilancia tranquila, evitando todo contacto físico y todo esfuerzo. Y cuando el gasto de fuerzas opositoras alcance el punto en que su choque pueda herir á quien lo reciba, se desviará diestramente el golpe de modo que recaiga en su autor, y que, respondiendo á un ataque magistral, pueda dislocarle el hombro, fracturarle el brazo ó romperle el pescuezo.»

«Al principiante se le enseña, como primer precepto, la necesidad de volverse flexible, pues la flexibilidad libra á sus huesos de más de una contusión y á sus músculos de más de un padecimiento... A las primeras lecciones se le hace difícil al estudiante caer sin dolor, y el porvenir reserva más de una jornada dolorida á quien desea iniciarse en el «jujitsu».

Este permite á los japoneses, á pesar de la corta estatura, contender sin recelo con hombres altos; el «jujitsu» les infunde un poder maravilloso, y pueden derribar de un empujón hombres corpulentos.

No faltan libros para la educación de los actores. Mucho se ha escrito ya, sobre todo en Francia, en lo referente á arte escénico. El artista teatral se ha tornado culto y puede, sin cometer dislates, representar casi todas las obras.

Entre los diversos libros de erudición que se han publicado sobre estas materias, merece citarse, por lo reciente y lo importante, la *Historia del arte teatral*, del Dr. Mantzuis, que es actor notable y director escénico del Teatro Real de Copenhague. El autor siguió varios cursos universitarios en París, que no es como hacerlos en España, donde sólo se practican de nombre, y así no le faltaron luego conocimientos para desempeñar su cometido artístico.

Al principio de su carrera se señaló el Dr. Mantzuis por una *Historia del teatro inglés*, que figura actualmente en el tercero y último volumen de su *Historia del arte teatral*. Esta es, quizá, la más completa y la más concienzuda que en su género se ha publicado hasta aquí. Como conocedor, por su profesión, de todas las intrínsecas escénicas, muy documentado se hallaba ya y no carecía de medios el Dr. Mantzuis para emprender semejante obra.

En los primeros capítulos de la misma se ocupa del arte de los actores hasta el reinado de Carlos I de Inglaterra. Sucesivamente pasa revista á los teatros chinos, japoneses é indios, tratando después con detalle del teatro griego en una de las secciones más instructivas del libro. En esta parte es donde brilla más la experiencia profesional del Dr. Mantzuis.

En el segundo tomo historia Mantzuis el movimiento teatral de la Edad Media y del Renacimiento, que fué tan vario y es tan desconocido. Trata con especialidad de los misterios teatrales y presta también mucha atención á la comedia italiana, que algunos denominaban *commedia dell'arte*. Señala la influencia de ésta en tiempos de la reina Isa-

bel y de Shakespeare, por haber desembarcado á la sazón en Londres varios actores italianos. Opina también Mantzuis que el drama *isabelino*, como se llama en Inglaterra al de los predecesores de Shakespeare, recibió el influjo de los misterios medioevales.

Se detiene también el autor en la historiografía de la escenografía y resulta ello de mucho interés para los actores. Además, su obra va provista de un compacto índice bibliográfico.



Si en España se desdeña el estudio de la literatura árabe, no acaece lo mismo en el extranjero, donde ven la luz libros sobre la misma de cuando en cuando. No son pocas, es cierto, las dificultades que ofrece tal estudio. El pasado es muy arcano y requiere grandes esfuerzos de investigación, de intuición y mucha ciencia.

La poesía árabe, que tantas joyas literarias ha producido, se halla encubierta por el tupido velo de su lenguaje, sus sentimientos, sus metáforas y sus descripciones. A primera vista se antoja indescifrable. No se sale nunca del desierto, y ¿cuántos de nosotros lo conocen?

Mucha hermosura contiene la poesía en color local y en impresión de la naturaleza. Tiene algo de más vivo que la historia docente. Todo el pueblo árabe, con sus costumbres, sus pasiones y sus creencias, se halla encarnado por ella. Los intereses humanos eran supremos en el desierto. Los bardos referían lo que habían sentido y lo que habían pensado, describiendo con parquiza y con libertad su existencia nómada. Era gente que cantaba lo que gozaba y lo que padecía, lo que aborrecía y lo que amaba. «Eran guerreros vagabundos y caballeros errantes, héroes de sus propios cantares, dispuestos siempre á empuñar la espada y la lanza, jinetes y caballeros, morando en tiendas desde la infancia curtidos á todas las penalidades físicas.»

Las *Odas de oro* ó *Poemas suspendidos*, pertenecen al siglo anterior al Islam y, á despecho de su origen pagano, han sido consideradas como excelente modelo por los árabes. La traducción inglesa de Lady Anne Blunt es fiel; imita con bastante exactitud la forma árabe, que en ocasiones repite el mismo relato ochenta y hasta cien veces en el canto de una misma oda. Reproducimos, vertida al español, la oda de Imru'u'l-quais, que se considera como magistral:

«También era hermosa la otra, aquella que iba cubierta con el velo ¡cuán tupido! ¡cuán custodio! Sin embargo, me dió la bienvenida. Pasé cerca de su tienda, donde sus allegados estaban en la obscuridad como para matarme. Fui á media noche, á la hora en que las Pléyades se muestran cual engaste de las perlas y rodean el zodíaco. Penetré á hurtadillas y permanecí allí. Se había quitado sus atavíos, excepto el nocturno. Gritó tiernamente: «¿Qué ardid es ese? Habla, loco de atar.» Salimos juntos y se quitó sus bordaduras. Hermoso era su semblante, sin sonrojo, y noble su continente; suave como el cristal era su seno; desanda iba con sus collares. Así son las perlas vírgenes á través del agua oscura; brillan claramente, con pureza inaccesible en las profundidades del mar. Se separó tímidamente mostrando sus mejillas y sus labios como una gacela de Wajra. Delgado era su cuello como el del cabrito, blanco y luciente; sus labios entreabiertos dejaban ver perlas por adorno, y sobre sus espaldas caían los rizos de su cabellera oscura como los racimos de dátiles que penden de las ramas de las palmeras.»

Luciano Moupin.

París 8 Marzo 1904.

Imprenta de Antonio Marsó, San Hermenegildo, 39 duplicado.—Teléfono 3.127.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DIAS 1. Y 16 DE CADA MES.

Precios de suscripción... Un año 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50

Número suelto. **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiú, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares. **0,75** pesetas.

REDACCION

Cristóbal Bordiú, núm. 1. MADRID